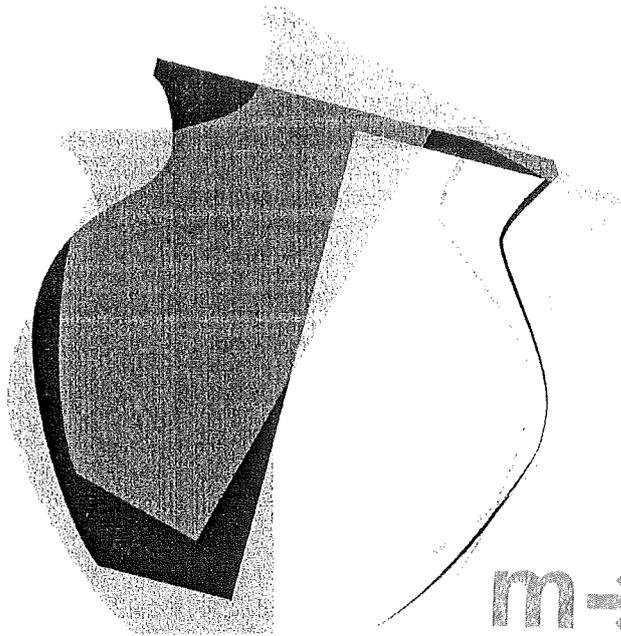


Luis Caballero, Pedro Mateos
y Manuel Retuerce (eds.)

B. 5-2

ANEJOS
DE
AESPA XXVIII

Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica



Museo Municipal
de Ronda
BIBLIOTECA

ARMARIO _____
ESTANTE _____
N.º DE ORDEN _____



Museos de Andalucía
MUSEO MUNICIPAL DE
RONDA

RUPTURA Y CONTINUIDAD



INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA DE MÉRIDA
IAM. (Junta de Extremadura-Consortio de Mérida-CSIC)



Departamento de Historia Antigua y Arqueología
INSTITUTO DE HISTORIA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Madrid, España

LUIS CABALLERO
PEDRO MATEOS
MANUEL RETUERCE
(eds.)

CERÁMICAS
TARDORROMANAS Y ALTOMEDIEVALES
EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Ruptura y continuidad

(II Simposio de Arqueología. Mérida 2001)

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Instituto de Arqueología de Mérida (Junta de Extremadura, Consorcio de Mérida, CSIC)
Instituto de Historia. Departamento de Historia Antigua y Arqueología

MADRID, 2003

CERÁMICAS TARDORROMANAS Y ALTOMEDIEVALES EN MÁLAGA, RONDA Y MORÓN

POR

MANUEL ACIÉN ALMANSA
JOSÉ MANUEL CASTAÑO AGUILAR
ILDEFONSO NAVARRO LUENGO
JUAN BAUTISTA SALADO ESCAÑO
MANUEL VERA REINA

RESUMEN

En el presente trabajo se presentan diversos repertorios cerámicos fechados con exactitud entre la Tardoantigüedad y el siglo X en tres contextos geográficos bien diferenciados: la ciudad de Málaga, uno de los puertos más importantes de al-Andalus, Ronda, ciudad estratégica desde los primeros tiempos del Emirato, y Morón, en el paso natural entre las comarcas interiores de Málaga y el valle del Guadalquivir.

PALABRAS CLAVE

Málaga. Ronda. Morón de la Frontera. Tardoantigüedad. Emirato. Cerámica.

SUMMARY

In the present article, we outline a series of ceramic repertoires exactly dated between the Late Antiquity and the Xth. Century. These are located in three geographical contexts that are well differentiated: the city of Malaga, one of the most important ports of Al-Andalus; Ronda, a strategic city from the beginning of the Emirate and the village of Morón de la Frontera, on a natural pass between Málaga's inland regions and the valley of the Guadalquivir river.

KEY WORDS

Málaga. Ronda. Morón de la Frontera. Late Antiquity, Emirate. Ceramics.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo pretendemos dar a conocer, aunque sea de forma muy general, distintos conjuntos cerámicos tardorromanos y altomedievales de Málaga, Ronda y Morón; en todos los casos se trata de materiales procedentes de contextos estratigráficos documentados en intervenciones arqueológicas de urgencia en las respectivas ciudades.

En el trabajo se han unificado los criterios de

presentación de los diversos conjuntos a fin de facilitar la comparación, habiendo coordinado las distintas partes Manuel Acién Almansa. De este modo, los apartados referentes a Málaga han sido elaborados por Ildefonso Navarro (fase tardoantigua) y por Juan Bautista Salado Escaño (fase altomedieval), trabajos que están dentro de las investigaciones llevadas a cabo por el equipo de la empresa Taller de Investigaciones Arqueológicas. José Manuel Castaño es el autor del apartado sobre Ronda mientras que Manuel Vera ha realizado el apartado correspondiente a Morón.

La finalidad principal de presentar de manera agrupada los repertorios cerámicos de contextos distintos es facilitar la lectura diacrónica en cada ciudad, por un lado, y posibilitar, por otro, la comparación de contextos costeros e interiores, de forma que sea posible inferir similitudes, posibles intercambios, así como las diferencias, indicador de las distintas realidades de los centros estudiados.

I. CONTEXTOS CERÁMICOS MALAGUEÑOS ENTRE EL 500 Y EL 619

El estado actual de la investigación en Málaga capital nos permite proponer una primera aproximación a las cerámicas de los niveles correspondientes al siglo VI y principios del VII, propias de la etapa bizantina de la ciudad y el periodo inmediatamente anterior. Dado el elevado número de intervenciones arqueológicas en las que se han documentado niveles con esta cronología, esta sistematización reviste un carácter preliminar, y se verá completada en el futuro con estudios ya iniciados acerca de matizaciones cronológicas, incidencia de cada tipo cerámico por periodos, dataciones absolutas, etc.

La información que utilizamos proviene de diversas intervenciones arqueológicas de urgencia realiza-

das en Málaga durante los últimos años, en las cuales se han documentado secuencias estratigráficas muy completas. Dentro de estas secuencias, los niveles tardoantiguos corresponden tanto a contextos domésticos como a instalaciones industriales. Los límites cronológicos son muy claros, y pueden ser establecidos cómodamente entre principios del siglo VI y principios del siglo VII. Con respecto a los momentos más tardíos, presentan en todas las intervenciones evidencias de una destrucción generalizada, con techos desplomados sobre habitaciones repletas de ánforas, vigas carbonizadas, etc. Este dato, unido al hiato cronológico de más de un siglo con respecto a los primeros niveles musulmanes, nos ha llevado a proponer que posiblemente nos encontramos ante las evidencias de la conquista visigoda de la ciudad hacia el 619, lo que nos permite fijar claramente un *terminus ante quem* para los repertorios cerámicos tratados.

Las intervenciones arqueológicas en las que se ha documentado la secuencia tardoantigua pueden dividirse en dos grandes grupos, dependiendo de su ubicación con respecto a la ciudad fenicia y romana. Por una parte tendríamos una serie de intervenciones en las que la secuencia arranca desde la fase fenicia, donde los niveles tardoantiguos se superponen a los restos de instalaciones industriales bajoimperiales. Estas intervenciones son las realizadas en el Palacio de Buenavista, C/ Císter, Alcazabilla, Termas del Císter, Jardines de Ibn Gabirol y en el Teatro Romano.

Por otra parte, tendríamos las intervenciones realizadas en zonas que fueron ocupadas a partir del siglo V, en las que la secuencia arranca desde estos momentos. Estas intervenciones son las practicadas en las calles Molina Lario, Strachan y Plaza del Obispo.

Con anterioridad a la presencia bizantina, el contexto político malacitano no debió variar demasiado con respecto al siglo V, pudiendo proponerse que *Malaca* gozaría de una situación de relativa autonomía con un poder municipal detentado por la clase mercantil, con un peso importante de las colonias de orientales afincados en la ciudad.

En el repertorio cerámico se observan dos hechos importantes: por un lado, el progresivo proceso de sustitución de las cerámicas de mesa orientales, gálicas e hispánicas por las norteafricanas, proceso que culmina hacia mediados del siglo VI con la presencia casi exclusiva de productos africanos y, por otro lado, la presencia cada vez más importante entre las cerámicas de cocina de la cerámica a mano o torno lento.

A mediados del siglo VI, se produce la conquista bizantina de una extensa franja costera de la Hispania Meridional, comprendida entre el Valle del Segura

y el Estrecho de Gibraltar. Tanto los condicionantes estratégicos y geográficos, como las circunstancias de la conquista, con un doble desembarco en *Malaca* y *Carthago Spartaria* (Cartagena), propiciaron que ambas ciudades fuesen los principales centros administrativos, militares, comerciales y eclesiásticos de *Spania*. En ambos casos, la probable presencia de colonias de mercaderes orientales, que habrían intervenido en favor de la presencia bizantina en la Península, sería otro factor determinante a favor de estas ciudades, en las que los imperiales contaban con el apoyo al menos de una influyente parte de la población.

En general, los niveles de la segunda mitad del siglo VI procedentes de la ciudad bizantina muestran un excepcional abastecimiento de productos foráneos, sobre todo procedentes de la zona tunecina y, en menor medida, del Mediterráneo Oriental.

En cuanto a los materiales norteafricanos, destacan las grandes ánforas destinadas al transporte de aceite, básicamente de los tipos Keay LXI y LXII en sus diversas variantes, que aparecen de forma masiva en todos los yacimientos bizantinos del Mediterráneo Occidental. A los anteriores habría que añadir, aunque en menor cantidad, el tipo Keay XXXII, probablemente destinado también al transporte de aceite tunecino y las ánforas del tipo Keay LXXIX, de contenido indeterminado y procedente de las Baleares.

Otro de los productos tunecinos ampliamente representado en los niveles bizantinos malacitanos sería las salazones, envasados en los característicos *Spatheia*, anforillas de pequeño tamaño que debían transportar un producto muy apreciado y de elevado precio. No obstante, en los mismos niveles, y junto a los clásicos *Spatheia* tunecinos, se recuperaron otros cuyas características no coinciden con éstos, y para los que en otros yacimientos se ha propuesto un origen siciliano¹.

En correspondencia con las ánforas, el porcentaje mayoritario de las cerámicas comunes y de mesa corresponden a productos tunecinos; en cuanto a la cerámica de cocina², sólo se documentan las cerámicas a torno lento, con producciones locales y del Mediterráneo Central.

Tras la conquista justiniana del Norte de África se restablece el sistema de la *annona*, interrumpido por la conquista vándala de Cartago, aunque ya no

¹ P. Reynolds, *Trade in the western Mediterranean, AD 400-700: the ceramic evidence*, Oxford, 1995, BAR International Series, 604, pp. 84-85.

² I. Navarro Luengo, L. E. Fernández Rodríguez y J. Suárez Padilla, «Cerámicas comunes de época tardorromana y bizantina en Málaga», en *Figlinae Malacitanæ. La producción de cerámica romana en los territorios malacitanos*, Málaga, 1997, pp. 79-93.

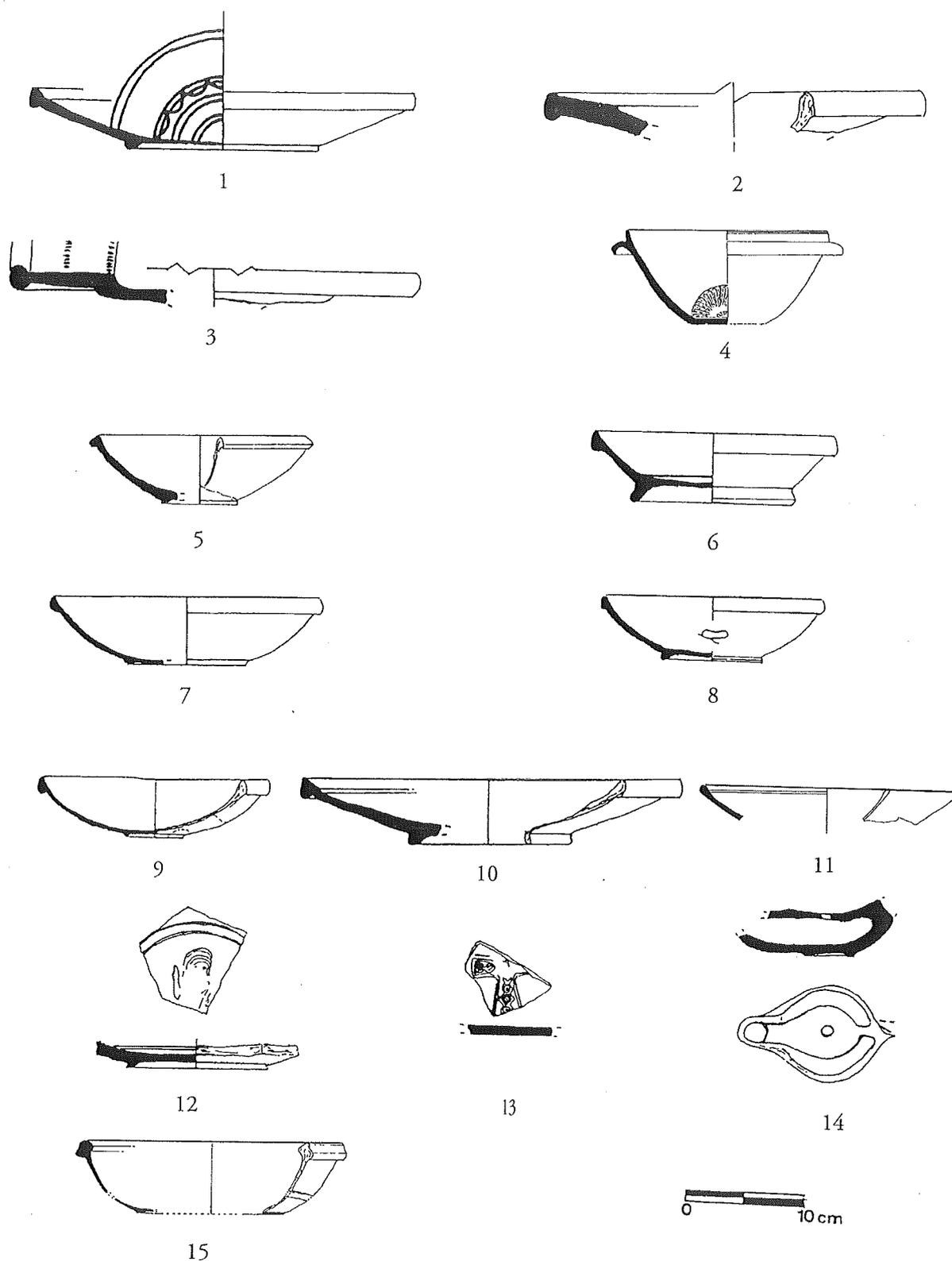


Fig. 1. Cerámicas finas. Málaga tardoantigua.

será en dirección a Roma, sino hacia Constantinopla. No obstante, sólo es posible explicar el extraordinario abastecimiento de productos tunecinos de determinados asentamientos bizantinos, entre los que, como hemos visto, habría que incluir a Málaga, si se admite que una parte importante de esta producción se destinaba al abastecimiento de los territorios imperiales occidentales. En estos territorios y, más concretamente en *Malaca*, al igual que en Cartagena, debían concentrarse buena parte de los recursos militares y administrativos bizantinos en Occidente, por lo que era primordial su abastecimiento.

Además de las ánforas africanas, aunque en una proporción mucho menor, están presentes en estos niveles bizantinos los contenedores de origen oriental. De entre éstos, los más abundantes son los correspondientes al tipo Keay LIII o Late Roman Amphora 1 (LRA 1), y, en menor proporción, los pertenecientes a los tipos Keay LIV (LRA 4), Keay LXV (LRA 2) y Keay LIV bis (LRA 3). Por último, también se documentan con cierta abundancia los pequeños ungüentarios palestinos (Late Roman Unguentaria o Reynolds Misc. Form. 7).

Al igual que las ánforas, las formas más tardías de la cerámica de mesa de procedencia oriental (LRC) están presentes en estos niveles de una forma muy minoritaria con respecto a los productos africanos.

El análisis de los diversos productos presentes en la *Malaca* bizantina nos lleva necesariamente a destacar la importancia de la ruta comercial directa entre *Malaca* y Cartago. De hecho, todos los materiales presentes en los niveles de este periodo corresponden a productos cuya distribución en el Mediterráneo Occidental se efectúa desde Cartago, incluyendo los productos sicilianos. Esta situación de privilegio sólo es comparable con la de Cartagena, como cabría esperar de las dos principales ciudades de la *Spania* bizantina. Por lo tanto, la ruta directa con Cartago continúa siendo, como desde el siglo V, la principal vía de comunicación con el resto del Mediterráneo no sólo de *Malaca*, sino de los territorios de la antigua Bética.

LA CERÁMICA EMIRAL EN LA CIUDAD DE MÁLAGA

En este apartado recogeremos los resultados de varios años de trabajos continuados en el casco histórico de Málaga, dentro del Proyecto de Arqueología Urbana auspiciado por la Gerencia de Urbanismo del Excelentísimo Ayuntamiento de Málaga.

Pretendemos dar a conocer una serie de cerámicas provenientes de diversas intervenciones de urgen-

cia que han aportado interesantes niveles de esta época, tanto de materiales muebles como de estructuras. Gran parte de los materiales estudiados están inéditos, incorporando algunos ejemplares publicados en estudios anteriores por su singularidad e importancia en el contexto general de la cerámica emiral³.

El objetivo fundamental es realizar un estudio tipológico que sirva de referente para otras zonas de al-Andalus y puedan compararse los distintos tipos de producción que se están realizando durante el emirato. El integrar esta comunicación en este congreso no es gratuito, porque, aunque se aleja algo de la cronología central del mismo, sí es conveniente ver las grandes diferencias existentes entre las cerámicas de primera época islámica y las del siglo IX, marcando, de esta manera, una línea bien diferenciada entre las distintas producciones cerámicas, causadas por un cambio sustancial en la dinámica poblacional en al-Andalus, ligada de forma nítida a la urbanización de distintos núcleos, que durante el siglo VIII, aparecían de forma subsidiaria respecto a asentamientos de carácter rural.

Igualmente, pretendemos reconocer los límites superiores de la producción y utilización de la cerámica emiral, ya que por lo general, se desconocen las fechas en el que estos tipos cerámicos dejan de consumirse. Por ello, y partiendo desde la base de que no se producen rupturas bruscas entre unos tipos antiguos y otros más modernos, queremos proponer nuevas cronologías, respecto a perduraciones e innovaciones, de la cerámica de este momento histórico.

INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS

Son varias las intervenciones arqueológicas que han aportado niveles emirales, lo que ha supuesto un importante avance en el conocimiento de la evolución de la ciudad en este período.

Lo más relevante, y por ello es imprescindible el conocimiento de la ciudad bizantina, es que estos estratos están amortizando los de dicha época, lo que refleja el abandono propuesto durante la etapa visigoda y del siglo VIII de la ciudad antigua⁴. Además,

³ Véase J. B. Salado Escaño *et alii*, «Intervención arqueológica de urgencia en C/ Cerrojo esquina Jiménez (Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía/1998*, t. III, vol. 2, Sevilla, 2001, pp. 455-464; y M. Ación Almansa y R. Martínez Madrid, «Cerámica islámica arcaica del Sureste de al-Andalus», *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, Madrid, 1989, pp. 109-122.

⁴ Para conocer la evolución urbana de Málaga en época musulmana consúltese el trabajo de J. B. Salado Escaño *et alii*: «Evolución urbanística de la Málaga musulmana (siglos VIII-XV)», en *II Congreso Internacional. La ciudad en al-Andalus y el Magreb*, Algeciras, 26-28 de noviembre de 1999, (en prensa).

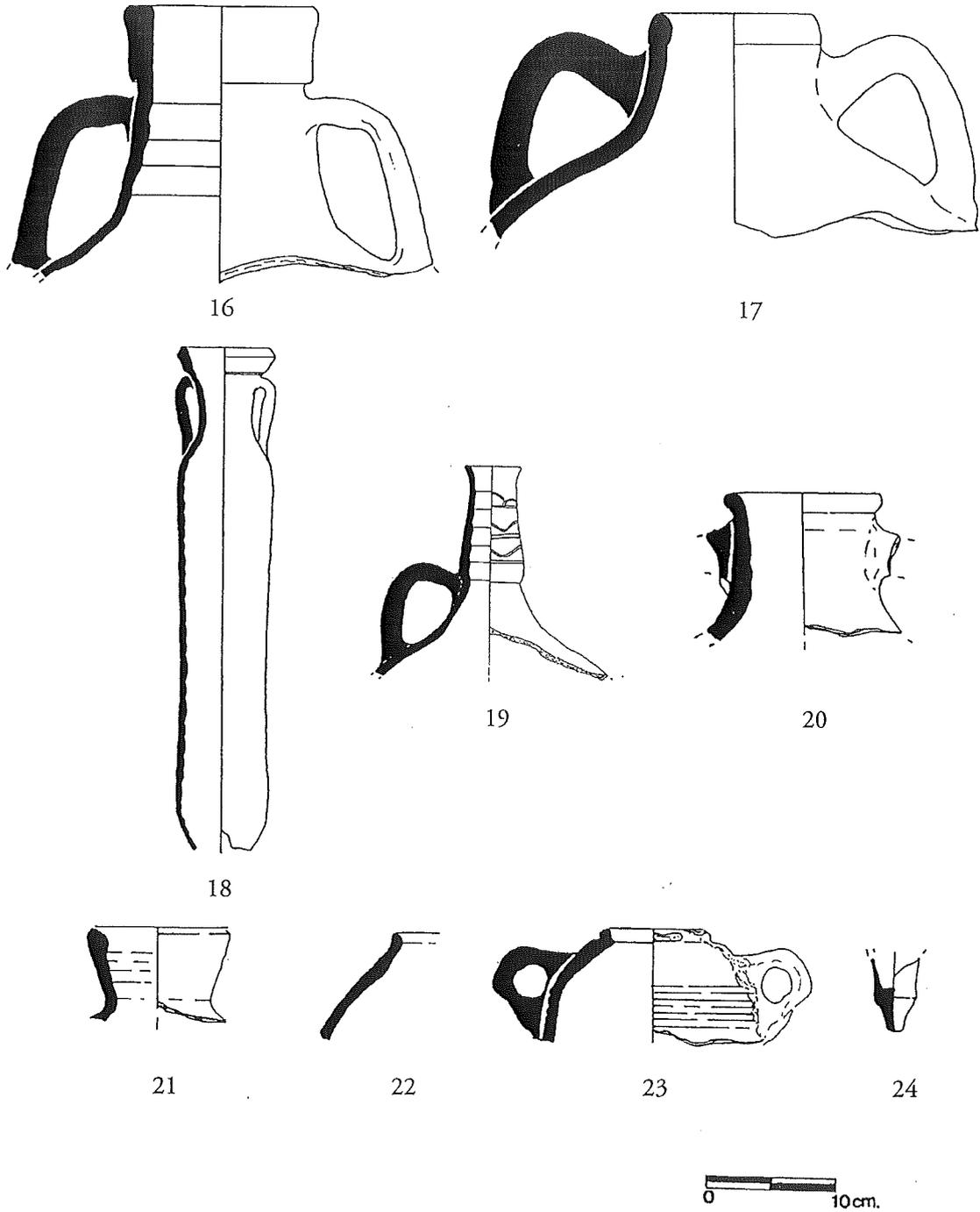


Fig. 2. Ánforas. Málaga tardoantigua.

MUSEO MUNICIPAL DE BARRIO DE SAN PEDRO
MÁLAGA

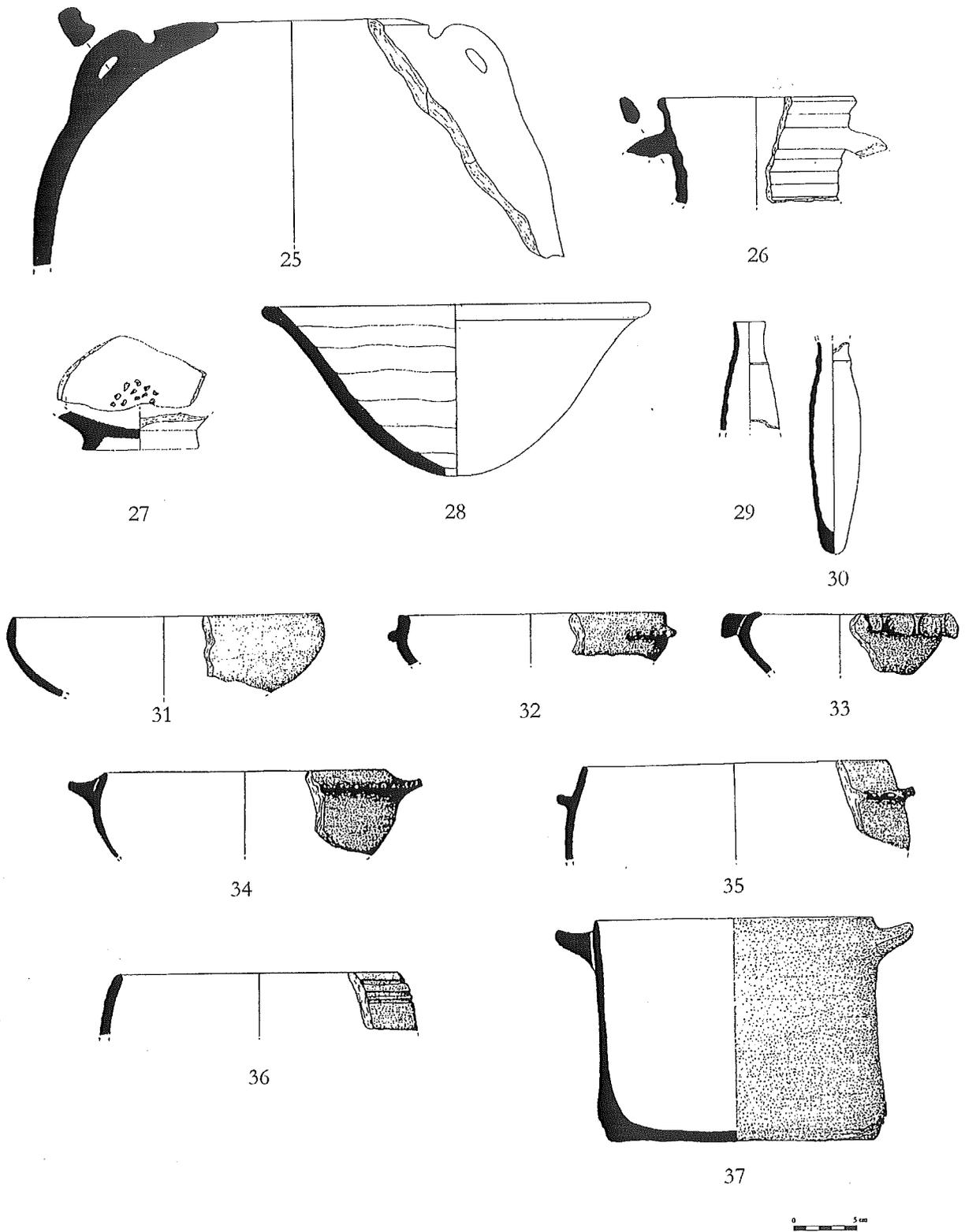


Fig. 3. Cerámicas de cocina. Málaga tardoantigua.

existen zonas donde se documentan niveles del siglo IX que no fueron ocupadas anteriormente, lo que nos muestra un avance de la ciudad emiral respecto a la anterior.

Estos niveles, en un alto porcentaje, consisten en depósitos intencionados con el fin de colmatar y nivelar distintas superficies para, de este modo, preparar el terreno y permitir la construcción de viviendas. Uno de los casos más evidentes es el documentado en Plaza del Obispo, donde un potente nivel de cerámicas emirales amortizaba a las viviendas bizantinas y a parte de la antigua muralla romana. Sobre este estrato se construyeron una serie de muros, de carácter doméstico, elaborados con mampuestos y con algunos materiales romanos reaprovechados, como una piedra de molino⁵. Algunas estructuras están recrecidas en época califal, lo que supone un dato de gran interés, ya que nos diferencia de forma nítida los niveles estratigráficos de un momento y de otro, descartando, de esta manera, la posibilidad de que existan alteraciones en los mismos.

Este fenómeno de regularización lo podemos observar, igualmente, en la intervención arqueológica de urgencia de C/ Ramón Franquelo, dirigida por José Mayorga Mayorga, donde observamos distintos depósitos emirales colmatando a habitaciones romanas para, de esta forma, elevar las cotas de uso del terreno⁶.

Una de las intervenciones más interesantes fue la realizada en el transcurso del mes de abril de 1988 bajo la dirección de Manuel Ación Almansa en la Plaza de la Marina. Aquí se documentaron distintos niveles de ocupación de época musulmana, destacando por su importancia y su impresionante estado de conservación, el Castill de los Genoveses, fortaleza erigida por los ligures en el siglo XIV.

Respecto a los niveles que nos interesan, los emirales, consistía en un estrato de carácter antrópico, que se apoyaba directamente sobre las arenas de la playa, que durante época romana se fue formando sobre la escollera del posible puerto⁷. En estas arenas es donde se abrieron las fosas de las tumbas de los primeros enterramientos islámicos, posiblemente del siglo VIII o principios del siglo IX, ya que sobre ellos se documentaron los depósitos con las cerámicas que nos ocupan. Para cerrar la secuencia, amortizando los estratos emirales, aparecieron distin-

tas habitaciones de importante envergadura, que podrían estar relacionados con dependencias asociadas a actividades portuarias de época califal.

Otras de las excavaciones que aportó un importante conjunto cerámico de este momento, fue la realizada en C/ Granada, 67, solar que, en teoría, quedaría fuera de los límites de la *madina*, proponiendo sus excavadores la posibilidad de que las estructuras documentadas asociadas a depósitos del siglo IX correspondieran a viviendas extramuros⁸ ubicadas en torno a los caminos de acceso a la ciudad⁸. Aquí se documentaron una serie de estratos que formaban parte de distintos depósitos de colmatación de diversos muros de mampuestos trabados con barro que conformarían los primeros niveles de época musulmana⁹.

En C/ Cerrojo, esquina con C/ Jiménez¹⁰, en una parcela ubicada en lo que será a partir del siglo XI el arrabal de al-Tabbanin y, por tanto, una zona que en época emiral formaba parte del *hinterland* más inmediato de la ciudad, se observa una ocupación del lugar de claro carácter agrícola, abundando de forma cuantiosa las balsas de agua para irrigar las huertas. Los depósitos emirales de esta intervención, pertenecían a una bolsada que cortaba a los depósitos altoimperiales documentados en dicha intervención, colmatada de abundantes fragmentos cerámicos de época emiral, que a su vez, estaba cortada por otra de época califal. Estas zanjas se interpretaron como hoyos para la extracción de arcillas, debido a la rica presencia de esta materia prima en el lugar, que posteriormente serán colmatadas por desechos, convirtiéndose en un pequeño vertedero de basuras, como así indicaba la numerosa presencia de materias orgánicas.

ESTUDIO DE MATERIALES

Ataifores (figuras 4 y 5)

Oscilan entre los 32 y los 20 centímetros de diámetro. Las pastas son de color naranja, bien amasadas, con desgrasantes casi imperceptibles de caliza,

⁵ I. Navarro Luengo *et alii*, *Intervención arqueológica de urgencia en Plaza del Obispo, Málaga*, informe administrativo, 1997, (inédito).

⁶ J. Mayorga Mayorga, *Intervención arqueológica de urgencia en C/ Ramón Franquelo*, informe administrativo, 1997, (inédito).

⁷ M. Ación Almansa, «Málaga musulmana (siglos VIII-XIII)», en *Historia de Málaga*, t. I, Málaga, 1994, pp. 169-240.

⁸ J. Suárez Padilla, I. Navarro Luengo, J. Mayorga Mayorga, J. A. Rmabla Torralvo, L. E. Fernández Rodríguez, «Nuevos datos arqueológicos sobre la transición de la ciudad tardoantigua a la medina de Málaga», en *II Congreso Peninsular de Arqueología, Zamora, 1997*, Madrid, 1999, pp. 627-632.

⁹ L. E. Fernández Rodríguez, I. Navarro Luengo, J. Suárez Padilla, J. A. Santamaría García, A. Soto Iborra, J. M. Sánchez Herrera, «Memoria científica preliminar del sondeo arqueológico de urgencia efectuado en el solar nº 67 de calle Granada (Málaga, Casco Histórico)», *Anuario Arqueológico de Andalucía/94*, t. III, Sevilla, 1999, pp. 325-335.

¹⁰ J. B. Salado Escaño *et alii*, «Intervención arqueológica de urgencia en C/ Cerrojo» (n.3).

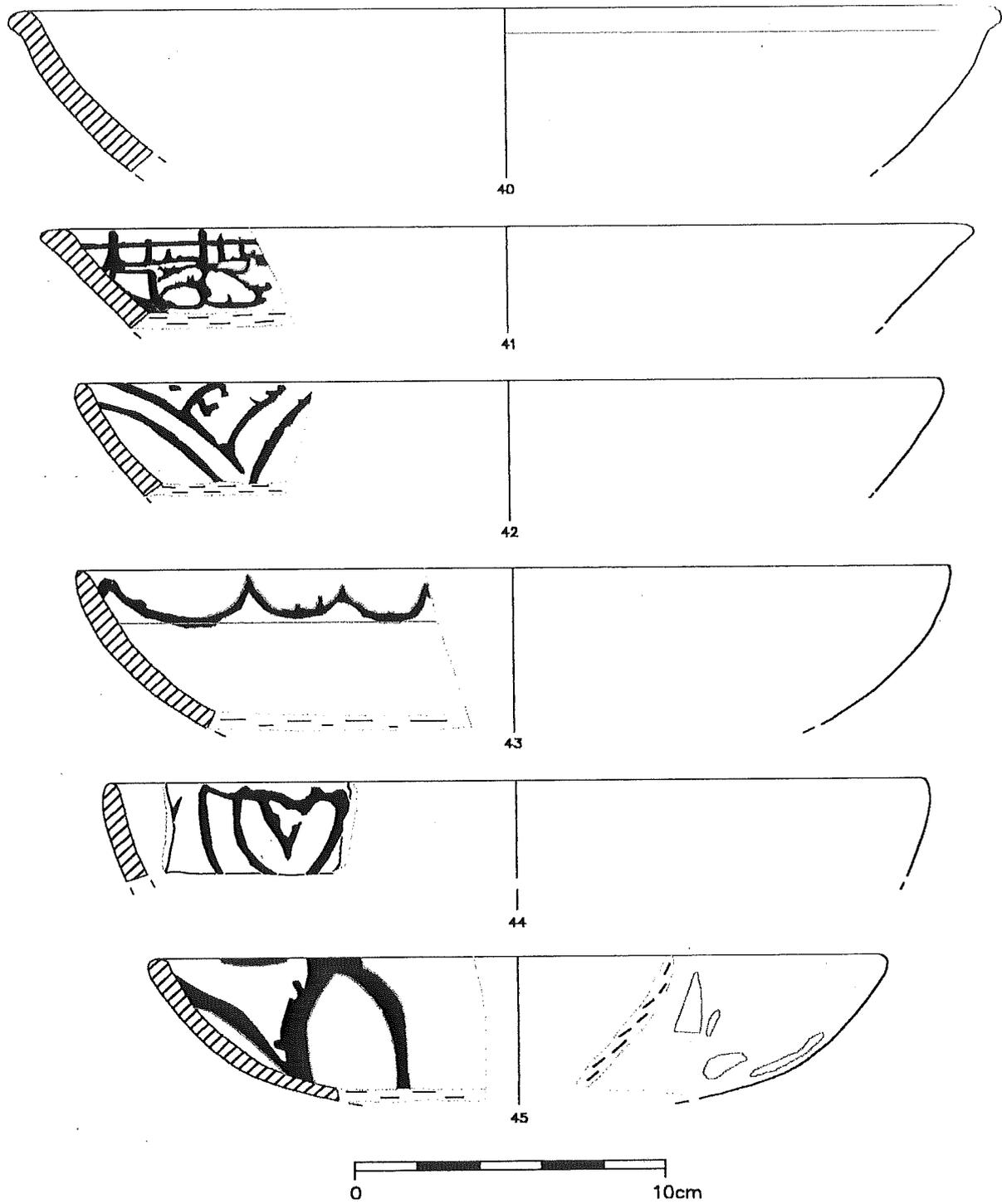


Fig. 4. Ataiiores. Málaga emiral.

esquistos y cuarzo, materiales característicos de las cerámicas producidas en los alfares malagueños independientemente de su cronología.

La característica que llama más la atención es la

calidad de los vidriados, espesos y muy brillantes, que se conservan en perfecto estado, no presentando en la mayoría de los casos el craqueado superficial característico.

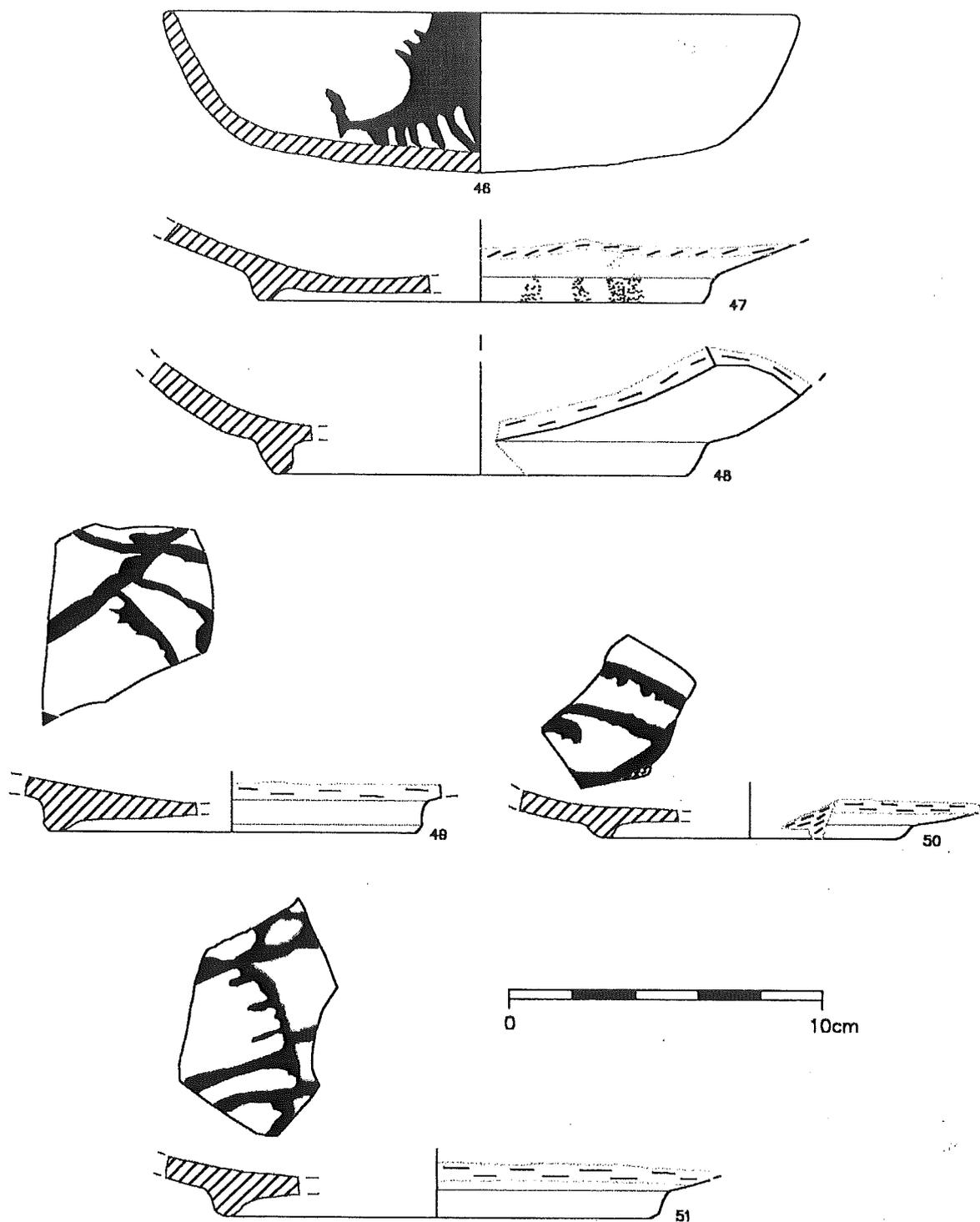


Fig. 5. Ataifores. Málaga emiral.

Las tonalidades de éstos van desde el melado oscuro (figura 4, nºs 41, 42, 44 y 45 y figura 5, nº 48-50) al achocolatado (figura 4, nº 40 y figura 5, nº 51),

acompañados de motivos geométricos en negro manganeso muy intenso en el caso de los primeros, aunque existen algunos ejemplos en los cuales las deco-

raciones son de tonos verdosos (figura 4, nº 43 y figura 5, nº 51). Estas formas decorativas son variadas, formando ovas, líneas onduladas, espigas, siendo los trazos irregulares y, en algunos casos, con picos algo difuminados.

En algunos ejemplares, las caras externas, tienen distintas tonalidades, sobre todo en las piezas con cubiertas achocolatadas en las que se pueden observar manchas meladas o verdosas (figura 5, nº 47).

En cuanto a la morfología, un alto porcentaje tienen el solero plano o ligeramente convexo sin repié¹¹, aunque sí documentamos algunos que presentan un repié anular de gran diámetro y de poca altura.

Los cuerpos son curvos y divergentes, con bordes redondeados o apuntados y en algunos casos exvasados.

Jofainas y tazas (figura 6)

Las jofainas tienen las mismas características formales y técnicas que los ataifores, salvo las consabidas dimensiones de las mismas. Los diámetros de los bordes oscilan entre los 18 y 12 centímetros.

Destaca el ejemplar nº 53, por sus dimensiones y grosor de las paredes, así como el ejemplar nº 52, el cual presenta un borde entrante y acanaladuras en la cara externa.

Las superficies están todas vidriadas en melado y con decoraciones en manganeso como en el caso del ejemplar nº 53.

La taza nº 55 está representada por un solo ejemplar, teniendo las caras vidriadas en marrón claro y las paredes curvas convergentes a la altura del borde.

Cangilón (figura 6, nº 56)

Está elaborado a torno y presenta un engobe blanco en la cara externa. La base es plana, con un diámetro de 6 centímetros. La pasta es de color naranja con desgrasantes de cuarzo y esquistos. Los paralelos son muy numerosos, destacando los ejemplares conocidos de Pechina¹².

¹¹ Es importante señalar que los ejemplares que estudiamos en este trabajo es una selección de un conjunto más amplio, donde son muy numerosos los fragmentos de soleros, siendo el criterio que hemos tomado para dicha selección los bordes, donde las variantes son mayores, y los motivos decorativos.

¹² F. Castillo Galdeano y R. Martínez Madrid, «Producciones cerámicas en Bayyana», en A. Malpica Cuello (ed.), *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, 1993, figura XII, nº 4.

Candiles (figura 6, nºs 57 y 58)

Hay dos ejemplares expuestos, uno completo y parte de una piquera. El primero no está vidriado, es de pequeñas dimensiones y tiene la piquera corta y elevada respecto a la base de la cazoleta. Su pasta es de color beige y los desgrasantes, que son de la misma naturaleza que las piezas anteriores, son casi imperceptibles. La otra pieza se trata de una piquera vidriada en verde oliva con una mancha en melado, siendo su pasta de color naranja.

Jarritos (figuras 7, 8 y 9)

En primer lugar, es importante reseñar que todos los ejemplares estudiados parecen ser jarritos, no documentándose ninguna jarrita. No obstante, en algunos ejemplares es difícil dilucidar esta premisa, ya que en algunos de los fragmentos estudiados no aparecen asas.

En este grupo hay que diferenciar dos tipos claramente desiguales, aquellos que están vidriados y aquellos que carecen de capa vítrea, siendo, en todo caso, más frecuente la aparición de los primeros que de los segundos.

Los vidriados son iguales a la de los ataifores, de gran calidad y con un brillo muy peculiar e intenso. Las tonalidades van desde el verde oliva, (figura 7, nºs 59, 60), al achocolatado (figura 7, nºs 61, 62, 63 y 65) o al melado claro (figura 7, 64, 66, 67 y 68, figura 8, 69-71). Las caras externas están decoradas con trazos en manganeso, formando dibujos que no se pueden definir. En algunos casos, el interior, que siempre está vidriado, puede presentar algunas manchas irregulares en manganeso. El ejemplar nº 62, tiene la cara externa achocolatada, sin embargo el interior está vidriado en melado.

Los casos más característicos, y los que de alguna forma dan el rasgo diferenciador de este tipo cerámico, son aquellos jarritos que tienen una decoración incisa o acanalada bajo vedrío. De esta forma, documentamos motivos consistentes en líneas verticales formadas por pequeños cuadrados en relieve (figura 7, nº 66), acanaladuras horizontales bajo vedrío melado y con líneas de manganeso (figura 7, nº 68), acanaladuras entrecruzadas dentro de una metopa en el cuerpo inferior del ejemplar (figura 7, nº 63) o puntos incisos en tres bandas horizontales (figura 7, nº 65). Un caso singular es el asa nº 70 (figura 8), de sección circular, melada y con distintas acanaladuras que discurren en todo su cuerpo.

Morfológicamente destacan por la singularidad de sus cuerpos, compuestos por múltiples quiebrós y

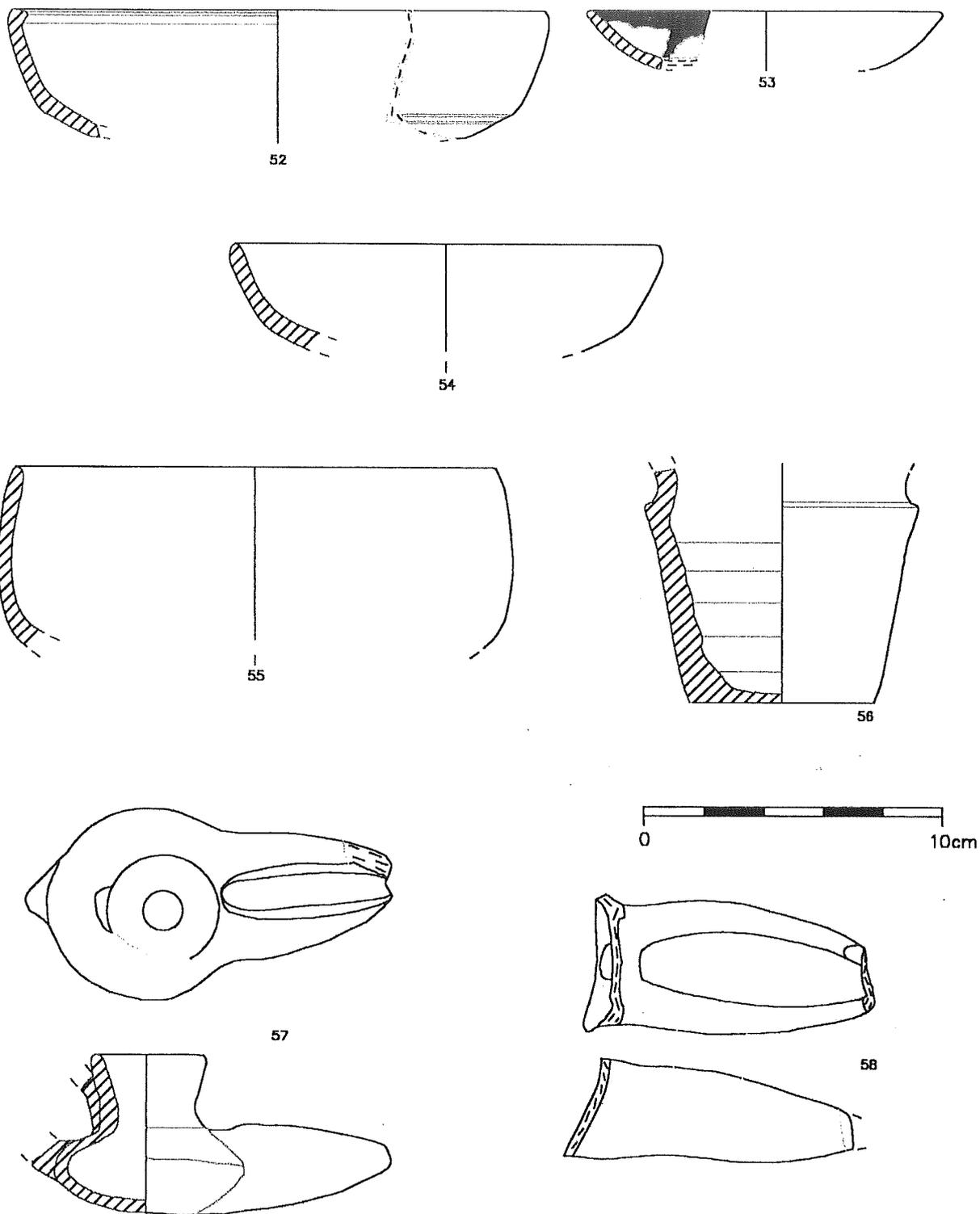


Fig. 6. Jofainas, cangilones y candiles. Málaga emiral.

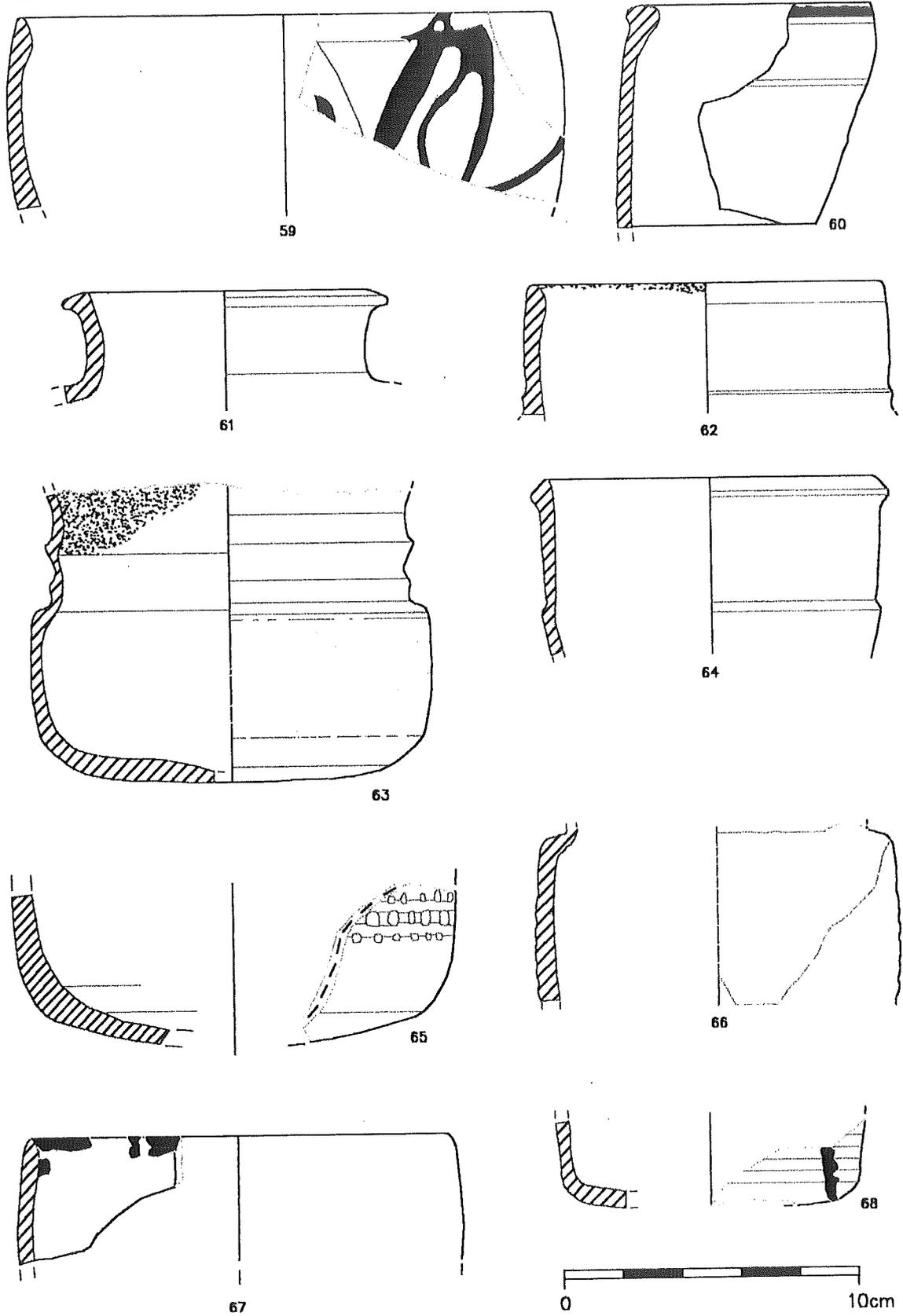


Fig. 7. Jarritos. Málaga emiral.

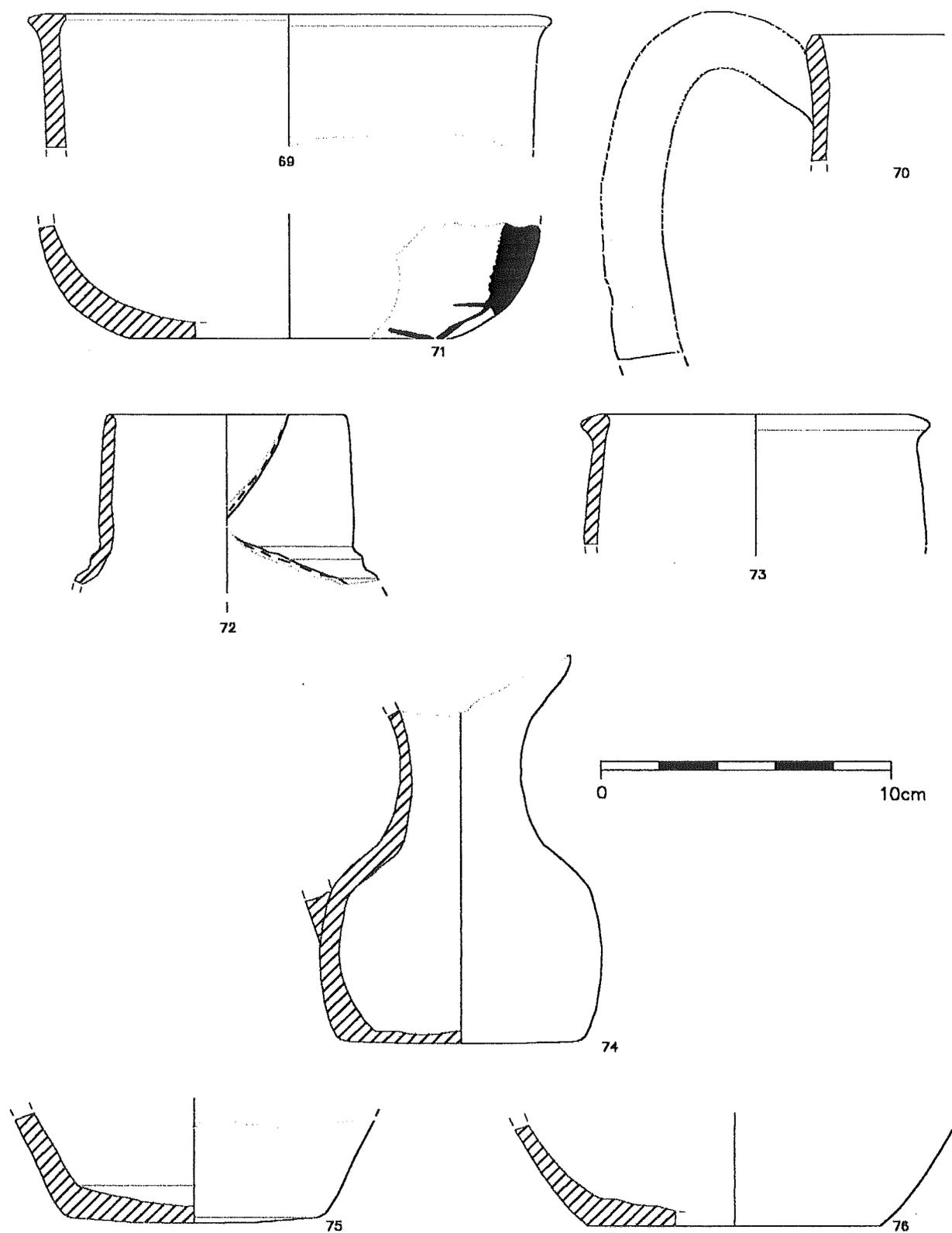


Fig. 8. Jarritos. Málaga emiral.

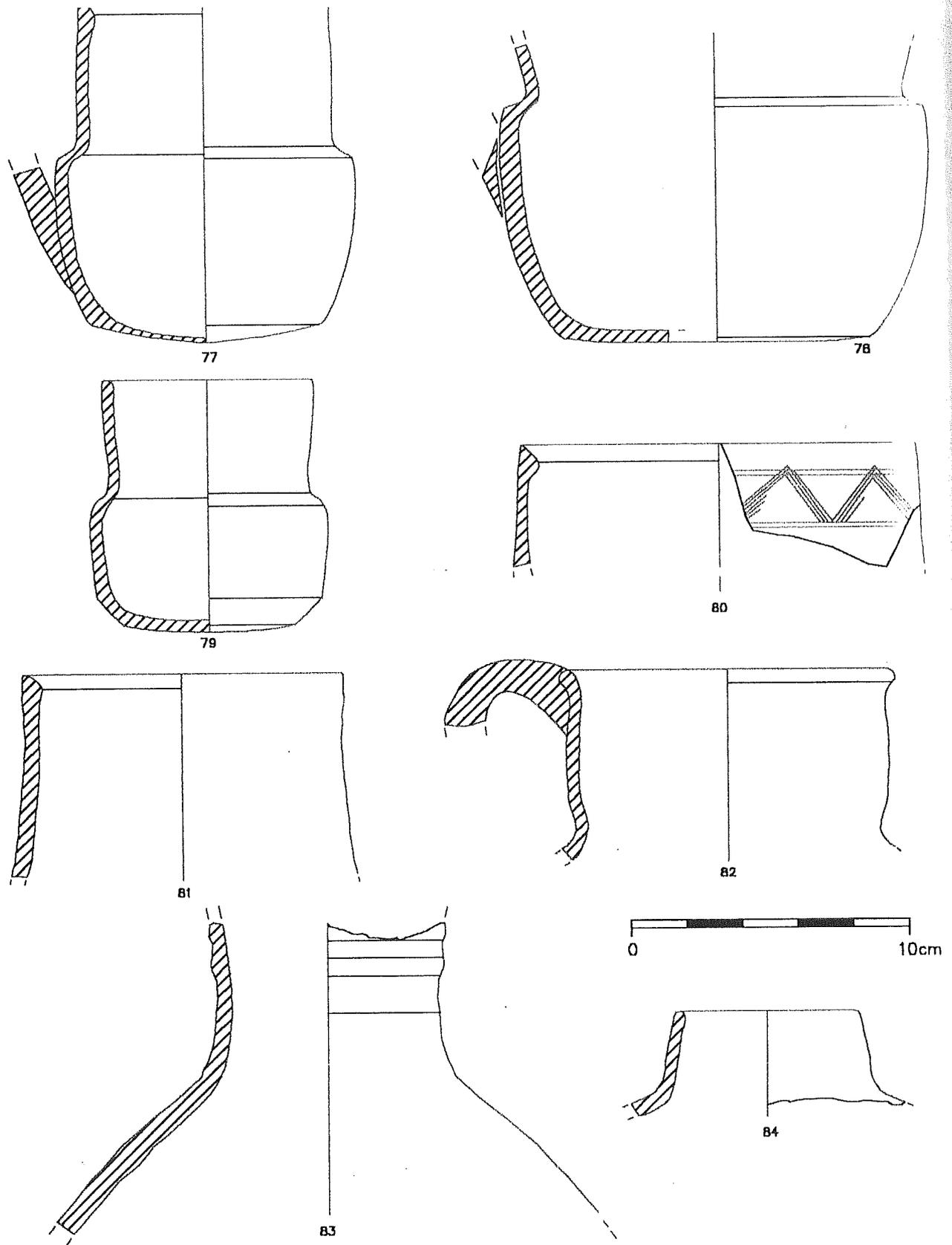


Fig. 9. Jarritos y jarros. Málaga emiral.

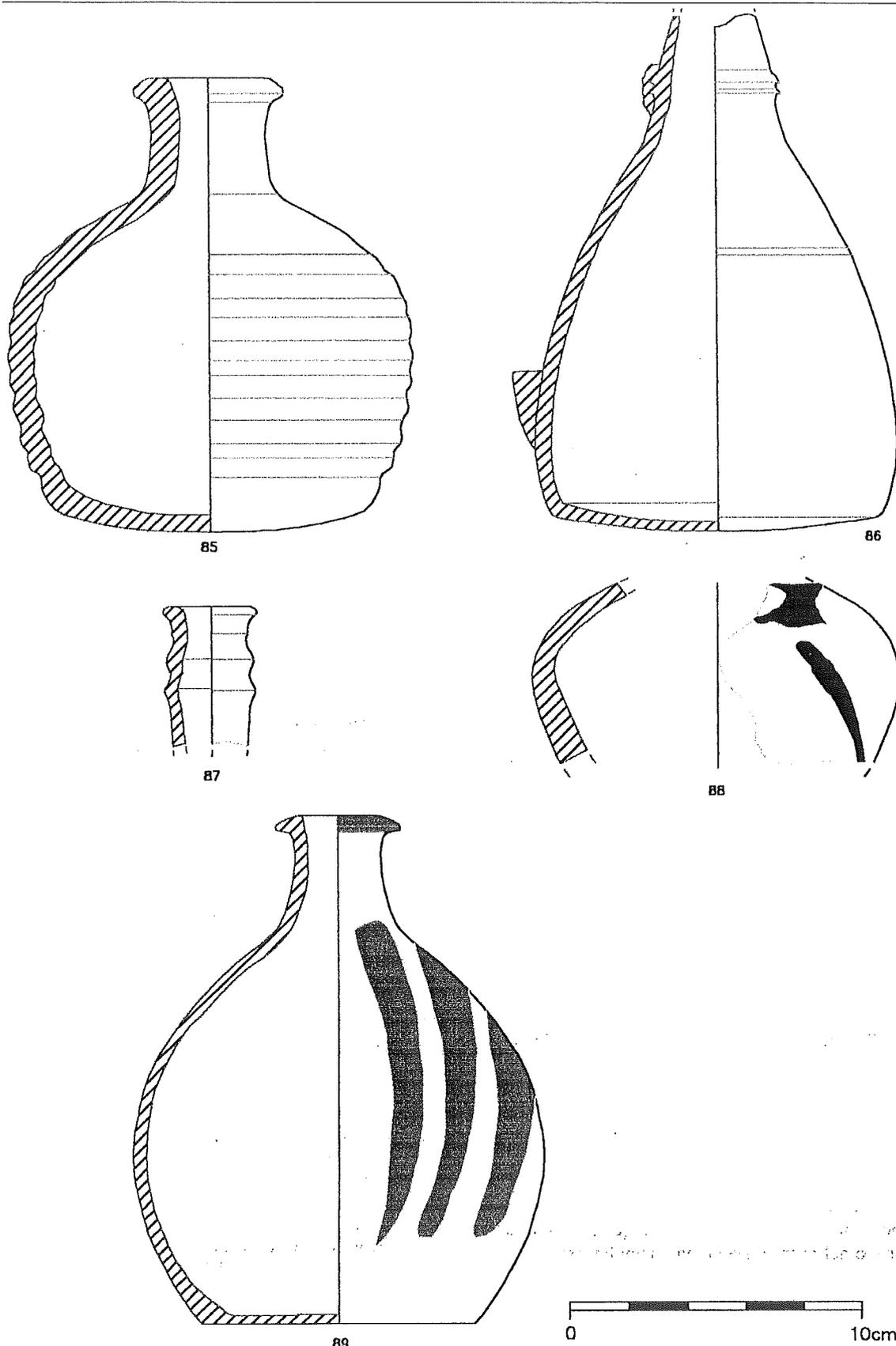


Fig. 10. Redomas. Málaga emiral.

aristas que le dan una configuración jamás repetida en la cerámica andalusí. Los soleros son siempre planos o ligeramente convexos. Los bordes pueden ser simples apuntados, exvasados con una pequeña acanaladura y con sección triangular o circular.

Los diámetros de los bordes documentados oscilan entre los 18 y los 11 centímetros.

Las pastas están muy bien amasadas y tienen una coloración entre rosada y naranja, exceptuando las vidriadas en verde oliva que son grises, debido a su cocción reductora, imprescindible para lograr este color con el óxido de hierro.

En cuanto a los ejemplares sin vidriar, destacaremos el tratamiento de las superficies de algunos de los elementos expuestos, ya que presentan un claro espatulado vertical que tiene una anchura que oscila entre los 3 y los 5 milímetros (figura 9, nº 78 y 81), técnica que se diluye en el tiempo, documentándose algunos ejemplares en contextos califales, pero numéricamente escasa. Hay alguna pieza que tiene decoración incisa formando triángulos delimitados por líneas horizontales (figura 9, nº 80).

Todos los ejemplares presentan un engobe blanco en ambas caras, menos los nº 74 y 75 (figura 8) y 82 (figura 9). En el caso de los primeros porque se tratan de un fondo de jarrito realizado a torno lento y de un pequeño jarrito, igualmente, a torno lento, con el borde trilobulado, un asa y base plana, y en el caso del segundo porque se trata de un jarrito con engobe negro en la cara externa.

En los casos de los jarritos sin vidriar documentamos piezas de tamaños más reducidos que los vidriados. De este modo, los diámetros de los bordes oscilan entre los 14 y los 6,5 centímetros, medidas, que lógicamente van en relación con el resto del cuerpo.

Morfológicamente, estos jarritos presentan cuerpos menos quebrados por lo general que los vidriados, aunque, con relación a lo que serán las jarritas califales, debemos destacar la inflexión bastante angulosa entre el cuello y el cuerpo, ya que las del siglo X serán más redondeadas. El ejemplar nº 79 (figura 9) tiene varias caras facetadas en su cuerpo.

Las bases, al igual que ocurría en el primer grupo, son planas o ligeramente convexas. Los bordes son escasamente entrantes con sección triangular o redondeados, y, en otros casos, exvasados con sección triangular.

Hay una pieza, la nº 74, que tiene un cuello proporcionalmente reducido con lo que parece el desarrollo del cuerpo, siendo un ejemplar extraño.

Todas las pastas son de color naranja bien amasadas.

Los paralelos más cercanos y similares son los del primer nivel de Pechina¹³ y los hallados en el alfar de San Nicolás, Murcia¹⁴.

Jarro (figura 9)

Sólo presentamos dos ejemplares, los nº 83 y 84. El primero tiene en el cuello varias molduras y la superficie engobada en blanco. Gracias a los paralelos existentes en Pechina¹⁵, podemos saber que tendría un borde trilobulado. El segundo es un ejemplo más curioso. La denominación de jarro se lo damos porque pensamos que el desarrollo del cuerpo sería algo globular y de unas dimensiones mayores que los jarritos. No hemos encontrados paralelos, aunque, piezas similares a ésta aparecen en los pecios franceses¹⁶.

Redomas (figura 10)

Los ejemplares expuestos, al igual que los jarritos, podrían dividirse en dos grupos, vidriados y no vidriados.

Para el caso de los primeros sólo presentamos dos piezas. Están vidriadas en verde oliva y con trazos en manganeso (nº 87 y 88).

Las piezas no vidriadas son las más singulares. Se trata de dos redomas sin asas con cuerpo globular, cuello estrecho y bordes exvasados de sección triangular. Las diferencias consisten en el que la nº 85 es más baja, el solero es ligeramente convexo y el cuerpo está estriado y engobado en blanco. En el caso de la nº 89 la base es plana, la superficie está engobada en blanco, sobre la que se dispone tres tríadas de líneas en rojo vinoso, color que también se aplica al borde.

El ejemplar nº 86 es piriforme, con la base convexa, asa, cuello con acanaladuras y engobe blanco en la cara externa.

Marmitas (figuras 11 y 12)

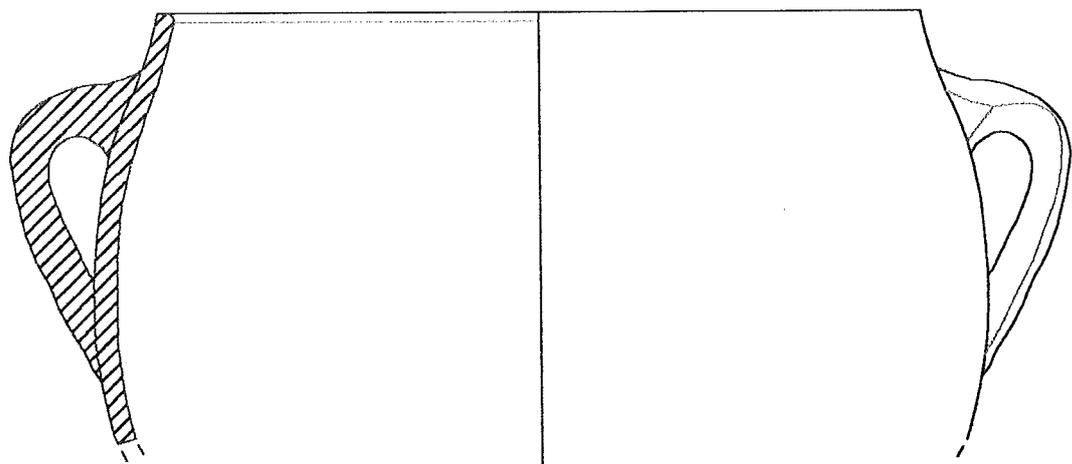
El primer grupo de marmitas que presentamos es un conjunto que se caracterizan por su elaboración

¹³ F. Castillo Galdeano y R. Martínez Madrid, «Producciones cerámicas en Bayyana» (n. 12), pp. 67-116.

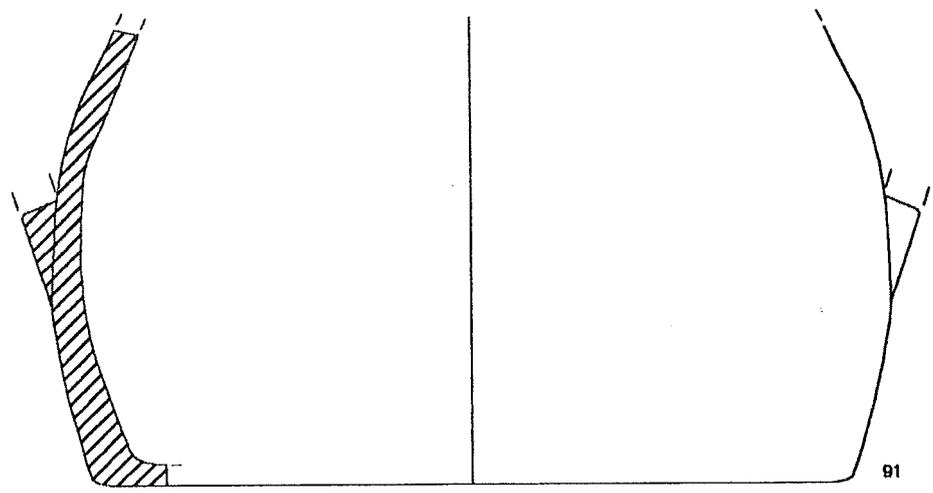
¹⁴ J. Navarro-Palazón, «Los materiales islámicos del alfar antiguo de San Nicolás de Murcia», en *Fours de potiers et «testares» médiévaux en Méditerranée Occidentale*, Madrid, 1990, pp. 29-43.

¹⁵ F. Castillo Galdeano y R. Martínez Madrid, «Producciones cerámicas en Bayyana» (n. 12), figura VIII, nº 1.

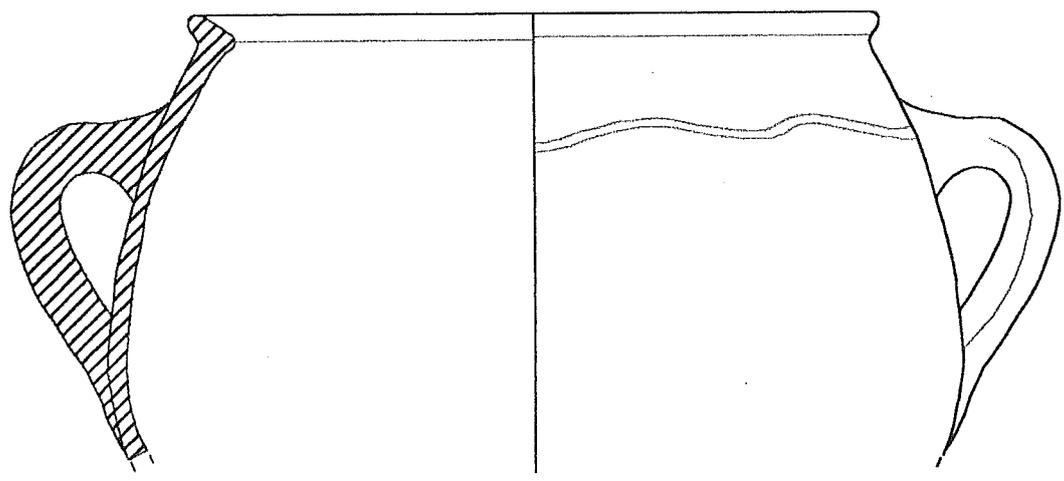
¹⁶ S. Ximenes, «Étude préliminaire de l'épave sarrasine du Rocher de L'Estéou», *Cahiers d'Archéologie Subaquatique*, V, 1976, pp. 139-150.



90



91



92

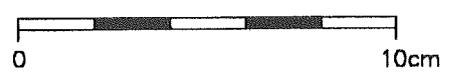


Fig. 11. Marmitas. Málaga emiral.

MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA
MADRID

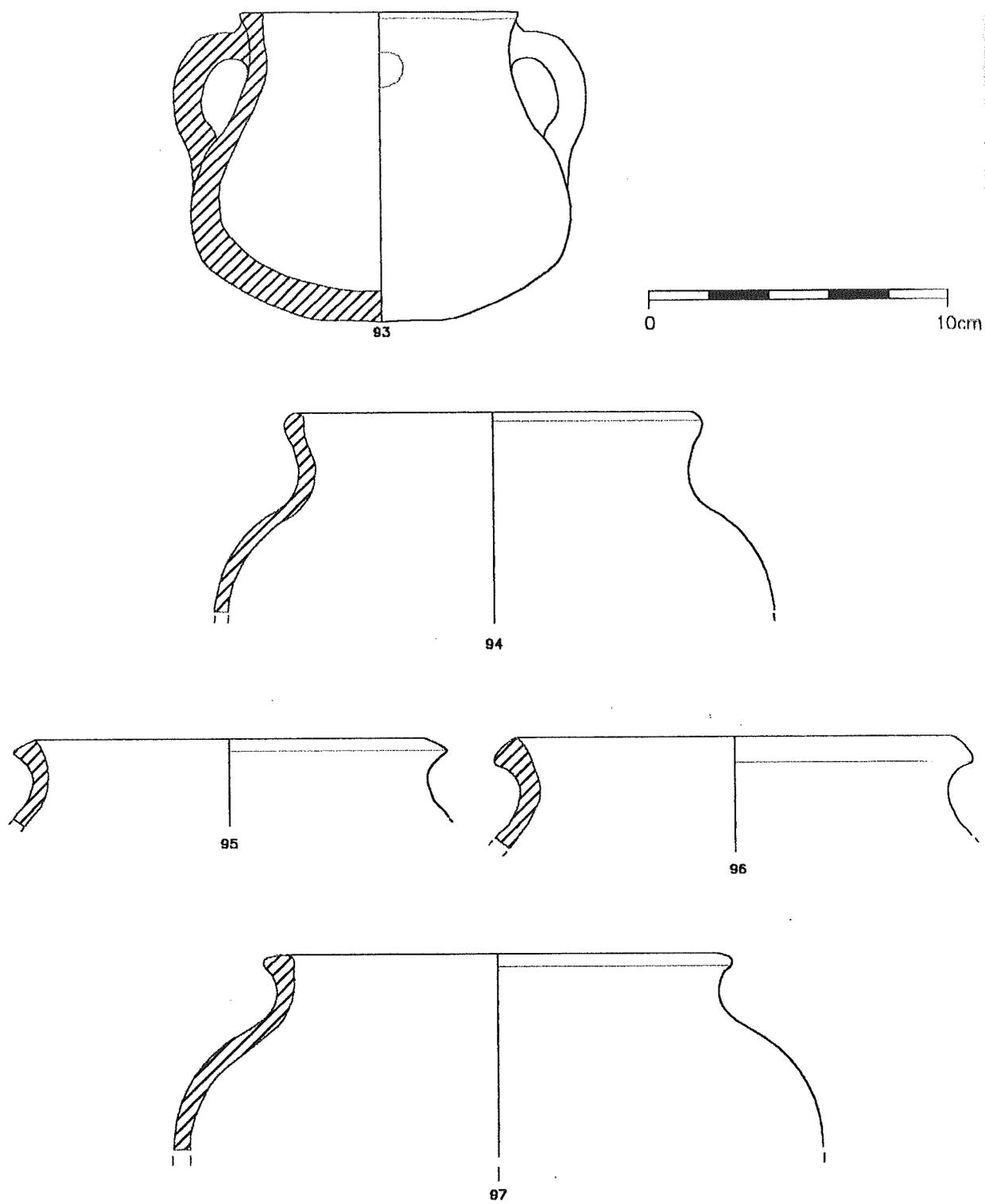


Fig. 12. Marmitas. Málaga emiral.

a torno lento, siendo de las pocas piezas en el conjunto global con estas características técnicas (figura 11, n.ºs 90-92 y figura 12, n.º 93). Las pastas son de color naranja con desgrasantes medianos de cuarzo, esquistos y mica.

Los cuerpos que presentan son troncocónicos invertidos con paredes convergentes. Los bordes pueden ser rectos de sección cuadrada o exvasados de sección circular. Las bases son planas. Tienen dos asas de puente verticales y en el caso de la pieza n.º 92 la cara externa se decora con una acanaladura ondulada horizontal.

La pieza n.º 93 (figura 12), fabricada a torno lento, se conserva completa y es de dimensiones reducidas. Es de cuerpo globular con la base plana. El borde es recto, algo exvasado. Tiene dos asas de puente verticales y dos pequeños mamelones.

El grupo mayoritario son marmitas a torno de cuerpo globular y cuello curvo hacia el exterior (figura 12, n.ºs 94-97). Los bordes son exvasados de sección triangular, menos el ejemplar n.º 94 que es circular. Las pastas son de color naranja y, al contrario que las elaboradas a torno lento, los desgrasantes son más pequeños, aunque de la misma naturaleza.

Los paralelos más cercanos para los ejemplares n.ºs 90 y 91 los encontramos en Cabezo Soler (Rojales), pero con una cronología más avanzada, siglos X-XI¹⁷, sin embargo para los otros dos ejemplares a torno lento no hemos visto parecidos. En el caso de los tipos a torno, en concreto los n.ºs 95, 96 y 97, sí existen numerosos ejemplos similares, como en Mas Colomina (Jijona)¹⁸.

Cazuelas (figura 13)

Las cazuelas se fabrican a torno lento y, al igual que en el caso de las marmitas, todas están sin vidriar.

El ejemplar n.º 98 tiene cuerpo carenado con el borde en ala de sección cuadrada. La base no se aprecia pero apunta a ser convexa. Existe un ejemplar en Pechina muy parecido pero elaborado a torno¹⁹.

La pieza n.º 99 tiene un cuerpo que se desarrolla de forma curva, con labio simple de sección circular. La base es casi plana y tiene dos asas.

¹⁷ S. Gutiérrez Lloret, «La cerámica paleoandalusí del sureste peninsular (Tudmir): producción y distribución (siglos VII al X)», en A. Málpica Cuello (ed.), *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, 1993, pp. 38-65, figura 10, n.º 9.

¹⁸ Ídem, figura 3, n.º 7.

¹⁹ F. Castillo Galdeano y R. Martínez Madrid, «Producciones cerámicas en Bayyana» (n. 12), figura III, n.º 5.

La cazuela n.º 100 es un ejemplar con el labio en ala elevado hacia arriba, dos asas y base plana teniendo el cuerpo troncocónico.

Tabaq (figura 13, n.º 101)

Este ejemplar es el único que hemos seleccionado. Está elaborado a torno lento, siendo de planta circular, con base plana. El borde es simple de sección cuadrangular y está decorado con distintas acanaladuras ovaladas. La pasta es de color gris.

Tinaja (figura 13, n.º 102)

El ejemplar que presentamos está elaborado a torno lento. Tiene el cuello casi recto y el labio exvasado. La pasta es de color naranja y los desgrasantes son de grandes dimensiones. Corresponde a una forma muy repetida en el emirato, pudiéndose encontrar tanto en yacimientos rurales como urbanos.

Alcadafes (figura 14)

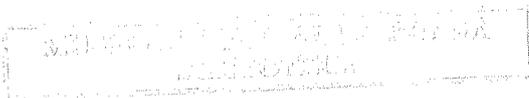
Son ejemplares de grandes dimensiones, todos elaborados a torno. Tienen cuerpos troncocónicos invertidos, con bordes ligeramente exvasados de sección circular o triangular, excepto la pieza n.º 107 en la que el borde se exvasa de forma más prominente. En el ejemplar n.º 108, el labio del cuerpo se delimita a través de una acanaladura horizontal.

Las bases son planas en los casos en que podemos apreciarlas, destacando la pieza n.º 109 que presenta una clara diferenciación entre la base y el comienzo del desarrollo del cuerpo. Hay ejemplares similares en la Rábita de Guadamar, pero más modernos y a torno lento²⁰. Las caras internas, en algunos casos se tratan mediante un bruñido que alisa toda la superficie (n.ºs 106, 107, 108).

Destacan los ejemplares n.ºs 103 y 104. Son de grandes dimensiones y tienen ambas un cordón digitado como tema decorativo. En el caso del ejemplar n.º 103 presenta una banda horizontal de líneas incisas que se entrelazan. Estos ejemplares pueden tener grandes asas, como en el caso del aparecido en Bezmiliana.

Como comentario a los tipos expuestos, quisiéramos reincidir en una idea fundamental en cualquier estudio cerámico que se precie, cual es que los con-

²⁰ S. Gutiérrez Lloret, «La cerámica paleoandalusí del sureste peninsular» (n. 17), figura 9, n.º 10.



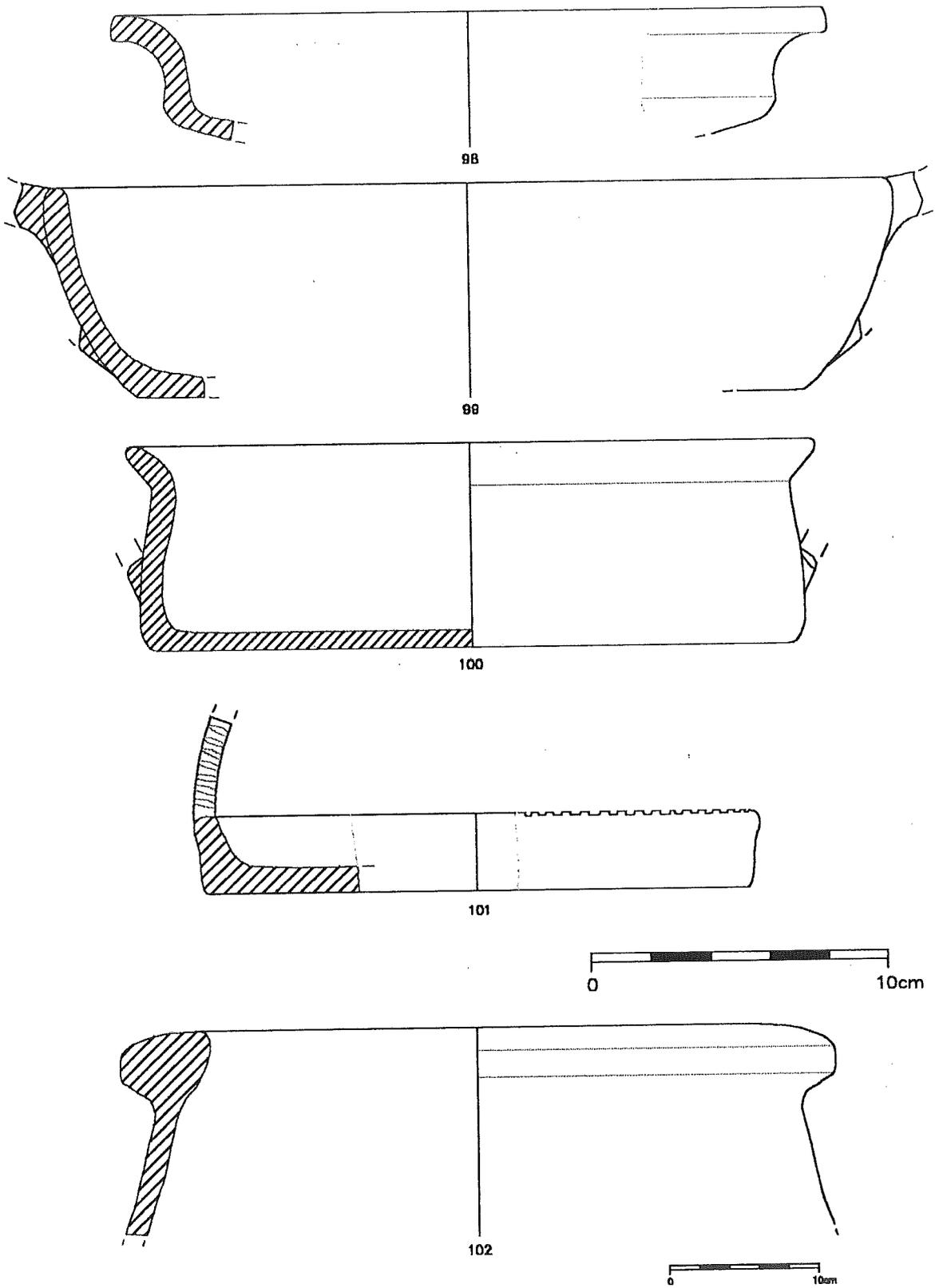


Fig. 13. Cazuelas, tabaq y tinaja. Málaga emiral.

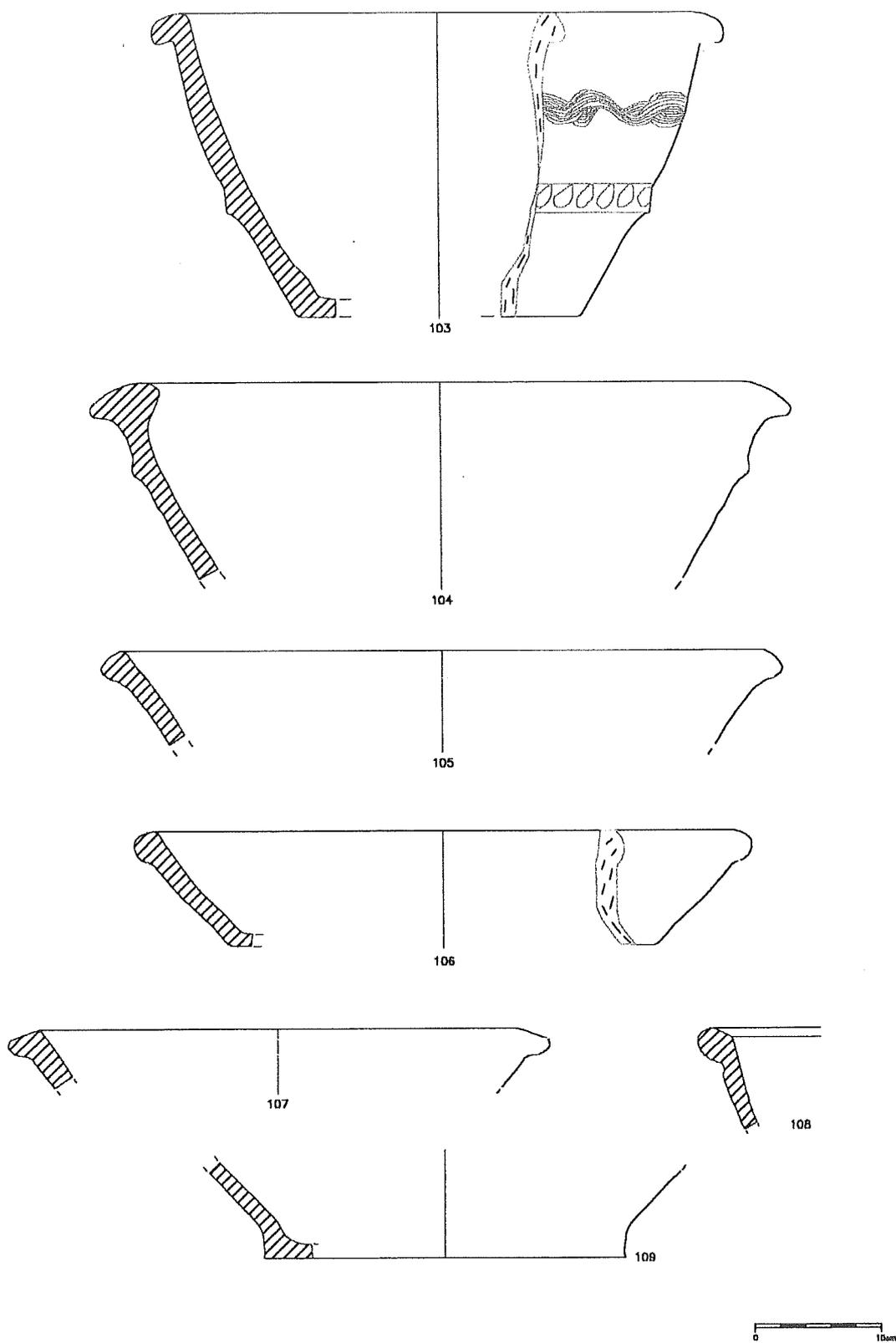


Fig. 14. Alcadafes. Málaga emiral.

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

juntos deben estar siempre en sus contextos estratigráficos, ya que fuera de éstos, es inútil sacar cualquier conclusión sobre cronologías, tipologías y todo lo que conlleva un estudio serio ceramológico, a no ser, que por circunstancias de su hallazgo no estén contextualizados y, por lo tanto, se pretenda buscar paralelos para sacar algunos datos sobre ellos.

Otro aspecto, ya más centrado en la cerámica emiral, es el peligro de tomar el concepto político para englobar el amplio espectro de la cerámica producida durante algo más de 200 años, ya que no podemos hablar de lo mismo cuando nos referimos a cerámica emiral del siglo VIII o de la primera mitad del siglo IX, o finales de este siglo. Por consiguiente, es preciso que comencemos, una vez acotado de forma precisa lo emiral en general, a afinar cronologías para ir matizando las producciones y poder establecer su evolución hasta la configuración del califato, que supone una importante ruptura con los tipos cerámicos anteriores.

Estos matices cronológicos deben ser extraídos de los contextos estratigráficos de los yacimientos en el que las referencias históricas en las fuentes o su evolución están relativamente claras. El caso de Málaga, pensamos que podría ser tomado como un buen referente, junto al yacimiento de Pechina, ya que son lugares que en la segunda mitad del siglo IX tienen dinámicas similares y porque las excavaciones realizadas en estos sitios han aportado niveles nítidos donde la presencia de cerámicas vidriadas, más que resultar anecdótica, se convierte en un dato de vital importancia.

Como anteriormente decíamos, las cerámicas emirales que exponemos en esta ponencia, proceden de los primeros niveles islámicos documentados en la ciudad, amortizando en todos los casos estratos romanos, lo que nos indica que es el primer avance de la *madina* fuera de la ladera y el monte de la Alcazaba. Este dato, siempre lo hemos interpretado como una señal inequívoca de la importancia que Málaga comienza a tener en la segunda mitad del siglo IX, algo que se acentuará con el conflicto de la *fitna*, donde la lealtad de la ciudad a Córdoba le supondrá importantes beneficios²¹.

Málaga, tomará un importante carácter artesanal y prueba de ello es la aparición de unas tenerías²² y

un testar de alfar²³, algo que nos acentúa el grado de islamización que la ciudad toma en estos momentos, donde la industria jugará un papel preponderante.

Todo ello, y tomando como referente cronológico a Pechina, que se configura como ciudad a partir de 884, nos hace fechar las cerámicas presentadas para la segunda mitad del siglo IX hacia adelante, centrándonos con más exactitud en el último cuarto de dicha centuria.

En este contexto, la presencia de los vidriados es algo de vital importancia como referíamos antes, ya que su cantidad y calidad nos hace ver que esta cerámica no sólo se producía para consumo interno, sino que estaba concebida para la exportación; pero esta conclusión, lejos de ser algo verdaderamente lógica, encierra diversas incógnitas difíciles de resolver por el momento.

Estamos viendo que los porcentajes de cerámicas vidriadas en yacimientos rurales son casi insignificantes, siendo un ejemplo claro el caso de El Castillón de Montefrío²⁴, donde los vidriados sólo suponen el 1,34 % del total. Siempre se ha interpretado esta presencia como un indicio de la formación de distintas rutas comerciales, «estableciéndose mercados organizados en redes de distribución complejas» en palabras de Sonia Gutiérrez Lloret²⁵. Evidentemente, esta afirmación es posible, pero pensamos que estas redes, en un momento en que existe una enorme inseguridad en los caminos de al-Andalus a causa de la *fitna*, no serían tan complejas, teniendo que barajar, sobre todo teniendo en cuenta la escasa presencia de vidriados en asentamientos rurales, la posibilidad de que éstas lleguen también a través de otros medios, como el pillaje, el trueque o el regalo, por lo que habría que concluir, que no siempre se puede hablar de comercio cuando en determinados yacimientos aparecen cerámicas vidriadas.

No descartando, evidentemente, que puedan existir ciertas rutas comerciales donde circulen este tipo de cerámicas, sobre todo en lugares cercanos a los centros de producción, como es el caso de Bezmiliana, habría que comenzar a plantearse la posibilidad de que se comercien también por el norte de África o en otros territorios islámicos fuera de al-Andalus, sobre todo tomando en cuenta que las rutas marítimas podrían

²¹ Véase J. B. Salado Escaño *et alii*, «Evolución urbanística» (n. 4).

²² A. Soto Iborra, J. Suárez Padilla, I. Navarro Luengo, J. A. Santamaría García, L. E. Fernández Rodríguez, J. M. Sánchez Herrera, «Aproximación a la ocupación califal en la Málaga urbana a través del sondeo de calle Almacenes, 6», *Anuario Arqueológico de Andalucía/1993*, t. III, Sevilla, 1997, pp. 417-427.

²³ M. C. Íñiguez Sánchez y J. Mayorga Mayorga, «Un alfar emiral en Málaga», en A. Malpica Cuello (ed.), *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, 1993, pp. 119-138.

²⁴ E. Motos Guirao, «La cerámica altomedieval de 'El Castillón' (Montefrío, Granada)», en A. Malpica Cuello (ed.), *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, 1993, pp. 208-237.

²⁵ S. Gutiérrez Lloret, «La cerámica paleoandalusí del suroeste peninsular» (n. 17), p. 54.

ser algo más tranquilas y seguras que las terrestres, hipótesis que evidentemente deberá ser demostrada en un futuro, pero que puede vislumbrarse con la presencia de cerámicas emirales similares a las nuestras en Nakur²⁶ o en los pecios franceses²⁷.

El ajuar vidriado al que nos referimos forma parte de un tipo claramente urbano frente a las cerámicas que se producen en el medio rural, jugando un papel muy importante la propuesta de imponer una estética nueva en la forma de fabricar esta cerámica como carta de presentación de un concepto social y político, que se consolidará con la formación del califato, pero con otros conceptos estéticos. Algo que redundará en esto es la presencia masiva de estas cerámicas en ciudades consolidadas dentro del concepto urbano islámico, como Pechina, Málaga o Murcia, en contraposición a asentamientos no urbanos.

De este modo, frente a las propuestas de ver el vidriado como algo meramente funcional, debemos decir que se corroboraría esta afirmación si esta técnica tuviera una continuidad durante el califato, donde aparte de permanecer en los atafores, sólo se reduce su presencia en las redomas, descartando a las decoradas en verde y manganeso, decorándose las jarritas con almagra o engobe negro. Igualmente, este origen funcional se vería reflejado en las cerámicas de cocina, que presentarían interiores vidriados, algo que sólo se puede constatar de forma marginal y como consecuencia de funcionalidades no culinarias en algunos lugares como en Pechina, teniendo que esperar al siglo XI para que se comience a generalizar el vidriado en marmitas y cazuelas.

En cuanto a la presencia de tornos lentos en los registros emirales de Málaga, se ha relacionado en otros trabajos²⁸, pensamos que de forma automática, con la población indígena. Aunque la vinculación de este tipo cerámico con las poblaciones autóctonas está más que demostrada, y que la introducción en el mundo urbano se debe al contacto con éstas, pensamos que esta relación tan directa se debe hacer en los ámbitos rurales. En los centros urbanos su presencia debe estar relacionada a algunas causas funcionales de origen culinario o artesanal; prueba de ello es la gran pervivencia que tienen estos tipos, ya que en los niveles que venimos considerando de época almorávide, todavía aparecen, incluso con los interiores vidriados, momento en el que es difícil hablar aún de indígenas.

²⁶ M. Ación Almansa, P. Cressier, L. Erbaty y M. Picón, «La cerámica a mano de Nakur (ss. IX-X). Producción beréber medieval», *Arqueología y Territorio Medieval*, 6 (1999), pp. 45-69.

²⁷ S. Ximenes, «Étude préliminaire de l'épave sarrasine du Rocher de L'Estéou» (n. 16).

²⁸ M. C. Íñiguez Sánchez y J. Mayorga Mayorga, «Un alfar emiral» (n. 23).

También son destacables, ya que es algo que sólo aparece en niveles de forma cuantitativamente importante en este momento, al menos en Málaga, los jarritos con las cubiertas espatuladas, algo que se documenta en distintos lugares como Pechina o Tudmir.

Para terminar, es importante incidir en los aspectos cronológicos de estos conjuntos, ya que, aunque no sabemos cuándo comienzan a producirse, posiblemente se generalizan a comienzos de la segunda mitad del siglo IX, sí está claro que su desaparición se produce en el siglo X, pero al igual que decíamos antes que hay que matizar las cronologías dentro del emirato, debemos hacer lo mismo con el siglo X, ya que los vidriados característicos de época emiral perdurarían en las primeras décadas del siglo X. Una muestra de ello es el nivel 2 de Pechina, donde aparecen estas cerámicas, en menor número, junto a otras decoradas en verde y manganeso²⁹.

II. CERÁMICAS DE TRANSICIÓN DE RONDA. SIGLOS VII AL X

Las cerámicas de Ronda que presentamos provienen por entero de excavaciones urbanas desarrolladas en el marco de proyectos de investigación centrados en la depresión natural y en la propia ciudad. No obstante, las características de estas intervenciones, las más de las veces de urgencia, y el diferente grado de conservación del registro, algo habitual en cualquier solar urbano, han sido, en mayor medida, las que han marcado las pautas de la investigación, arrojando resultados que, en determinadas ocasiones, no son todo lo satisfactorios que quisiéramos.

Es por ello, por lo que quizá convenga aclarar el empleo del término «transición» que proponemos para nuestras cerámicas. Su uso viene motivado principalmente por dos razones: la primera es debida a la difícil adscripción de algunas formas a momentos precisos, originada tanto por la pervivencia de unos tipos como por la exclusividad de otros, reflejo claro, tal vez, de la acusada «regionalización» que adquieren las producciones cerámicas en los primeros momentos de la Alta Edad Media peninsular. La segunda, que podríamos poner en relación con la anterior, se debe a la presencia de dos tradiciones alfareras distintas (la indígena y la islámica) que, como ocurre en lo social, convivirán durante largo tiempo hasta que una termine imponiéndose sobre la otra.

Así pues, la aclaración cronológica de los siglos VII al X debe entenderse entonces como lo que es: el

²⁹ F. Castillo Galdeano y R. Martínez Madrid, «Producciones cerámicas en Bayyana» (n. 12).

marco temporal en el que confluyen formaciones sociales antagónicas con sus respectivas tradiciones culturales, lo que a niveles concretos se materializará en unos momentos de cambio y sus manifestaciones que, aparentemente, sólo parecen estar claros en sus extremos, es decir, en los orígenes (Antigüedad Tardía) y desencadenantes (primera *fitna* y califato), quedando su trama algo más difusa. Y es en el complejo esquema que define esta «trama» en donde se centran también nuestros estudios.

El principal planteamiento de partida de los mismos se apoyaba en los dos pilares que tradicionalmente han servido de base para la identificación del poblamiento en este territorio, esto es; el importante aporte de población beréber producido tras la conquista y el sustrato indígena que se mantendrá, representado esencialmente por la aristocracia hispanogoda³⁰. Nuestro objetivo entonces consistía en intentar apreciar esta diferente estructura social en su correlato material, en el registro arqueológico, utilizando para ello el estudio de la cerámica como el camino que mejores posibilidades ofrece a la hora de establecer distinciones entre tradiciones culturales, al menos hasta el momento. Los primeros resultados, de los que aquí presentamos un resumen, quizá no sean todo lo significativos que hubiéramos deseado, sin embargo sí han sido lo suficientemente esclarecedores en relación a nuestros propósitos. El tratarse en exclusiva de cerámicas de la propia ciudad y el estado de conservación del registro, contribuyen, sin duda, a potenciar este carácter parcial.

Afortunadamente, esta visión está cambiando gracias a un nuevo proyecto de investigación arqueológica que venimos desarrollando en el área de su Serranía y centrado en época medieval. Es actualmente cuando comenzamos a tener datos sobre la dinámica del poblamiento en el resto de este ámbito serrano, lo que, una vez procesado el material, nos aportará valiosas informaciones acerca de las redes de distribución, continuidad o ruptura en los comportamientos productivos de las comunidades altomedievales de esta comarca.

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

La secuencia cultural reflejada en el registro arqueológico de la ciudad de Ronda arroja una continuidad en el poblamiento que se remonta al V milenio a.C. Sin embargo, esta sucesión en la ocupación

que es más o menos clara para los períodos enmarcados entre la Prehistoria Reciente y el Bajo Imperio, con depósitos bien conservados (aunque no homogéneos), no lo es tanto para los que se comenzaron a generar a partir de época Tardorromana, habitualmente más alterados por actuaciones posteriores.

Esta circunstancia, en el caso de Ronda, se ha debido esencialmente a dos razones: la pérdida de registro por actividades de desmonte en el área más elevada del asentamiento, originada por una articulación aterrazada del espacio, y en segundo lugar la proliferación de fosas, tanto medievales como modernas, que han convertido determinadas zonas del yacimiento en un verdadero «queso gruyère». Será de las más antiguas de estas fosas de donde provenga la mayor parte del material que presentamos.

A pesar de ser así, hay dos hechos que están provocando un cambio en nuestra percepción del período y en su repercusión sobre el poblamiento de la ciudad. El más relevante se produjo hace ya algunos años y fue el hallazgo de una parte de la necrópolis de lo que se determinó como basílica paleocristiana³¹. En ésta, aun con una estratigrafía alterada, los niveles correspondientes a los enterramientos proporcionaron una cronología para su inicio y final apoyada en dos hallazgos monetarios. El primero fue una moneda de la ceca de Cyciko que, aunque acuñada en el siglo IV, tiene una larga circulación que la introduce incluso en el s. VI. Por su parte la segunda moneda, encontrada como la anterior en el interior de una tumba, se trataba de un triente de plata de Vítiza y Egica acuñado entre los años 698 y el 702 y amortizado, a buen seguro, bastante tiempo después, lo que nos permite intuir una ocupación de este espacio durante, al menos, toda la primera mitad del siglo VIII.

El otro hecho al que nos referíamos se produce a raíz de la revisión a que estamos sometiendo el material de antiguas excavaciones y la aparición, en las últimas intervenciones realizadas, de un importante número de cerámicas tardías, como claras D o Late Roman C (LRC), así como otras fabricadas a torno lento, muy escasas por el momento, que, junto a las que presentamos aquí, constituyen el ejemplo más significativo de una «continuidad» y unas relaciones con el área costera todavía poco estudiadas en nuestro caso.

Algo parecido nos ocurre con las cerámicas islámicas más tempranas, para las que no se han podido aislar niveles claros hasta bien entrado el siglo X, aunque con toda probabilidad su presencia sea más

³⁰ P. Guichard, *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Barcelona, 1976, pp. 368 y ss.

³¹ A. Adroher, P. Aguayo, C. Ruiz, «Informe de la excavación de urgencia en el solar nº 5 de la calle Juan Bosco de Ronda», *Anuario Arqueológico de Andalucía/1986*, Sevilla, 1991, t. III, pp. 407-412.

antigua³², siendo el contexto de la mayor parte de ellas, como en algunas de las anteriores, las fosas sépticas.

En este ambiente es en el que se desenvuelve el registro arqueológico que por el momento conocemos: fosas más o menos bien definidas estratigráfica y cronológicamente, otras absolutamente caóticas que, en todo caso, no sólo cortan niveles antiguos, sino, incluso, a sí mismas.

LAS CERÁMICAS ALTOMEDIEVALES DE RONDA

Lo que presentamos aquí, en el caso de Ronda, constituye un primer acercamiento, por fuerza sesgado, a la realidad material de un momento que, afortunadamente, cada vez se nos muestra menos difuso³³.

En estos estudios hemos optado por una clasificación en la que aparecieran reflejadas las formas reconstruibles más antiguas, identificadas bien por su contexto arqueológico, bien por las semejanzas que mantienen con otros lugares de la Península. Dicha opción en el tratamiento del material pretendía, en primera instancia, identificar, en la medida de lo posible, tradiciones alfareras distintas (entre ellas la beréber), para posteriormente elaborar una tipología de base que nos permitiera sistematizar de alguna forma nuestro material, caracterizado por su nada clara procedencia estratigráfica.

De los 11 grupos que establecimos en nuestra serie, generalmente los tradicionales³⁴, así como de sus respectivas variantes, hemos escogido para esta ocasión los que mejor representan el período de transición que tratamos, al menos en lo que conocemos de Ronda.

Es por ello por lo que obviaremos algunas formas claramente islámicas, como los ataifores con vidriados monocromos o en verde y manganeso, de los que contamos con una buena colección, para centrarnos

³² Existen piezas que por sus formas y características técnicas son muy similares a las presentadas en este mismo artículo por Juan Bautista Salado para el caso de Málaga. Su producción claramente no es local, por lo que podrían tratarse de importaciones procedentes de los alfares malagueños que están realizando este tipo de vajilla en época emiral.

³³ Este acercamiento fue el objeto de mi memoria de licenciatura titulada *De Arunda a Ronda. Aproximación al poblamiento altomedieval de Ronda a través de una sistematización de su cerámica*, defendida en Granada en 1999 y que aún permanece inédita.

³⁴ G. Rosselló Bordoy, *El nombre de las cosas en al-Andalus: una propuesta de terminología cerámica*, Palma de Mallorca, 1991 y M. ACIÉN et alii, «Evolución de los tipos cerámicos en el SE de al-Andalus», *Actas del V Coloquio Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo Occidental (C.I.C.M.M.O.)*, Rabat, 1995, pp. 125-139.

en las que presentan mayores problemas de adscripción cronológica, aunque se encuadren en esta problemática de la continuidad y ruptura, perviviendo algunas de ellas durante largo tiempo.

Finalmente, al hilo de esto, es necesario hacer un par de apreciaciones antes de continuar: todo el conjunto está realizado a torno rápido, a excepción de los fragmentos de la variante I correspondientes al grupo de las marmitas, lo que es buena prueba de la escasez de las piezas a torneta en el registro rondeño. Por otra parte, ninguna pieza está vidriada, aunque contamos con fragmentos de formas irreconstruibles pero fácilmente identificables que sí lo están, y que no traemos aquí por su baja representatividad en el conjunto.

Marmitas

Variante I (figura 15, 110 y 111)

Más que su forma, lo destacable quizá de este grupo es su manufactura, a torno lento, hecho bastante excepcional en el contexto cerámico rondeño. Se trata de dos fragmentos, uno de los cuales permite apreciar la forma del recipiente, de cuerpo globular, labio redondeado y base plana, que probablemente pertenezcan a tipos similares. El primero permite apreciar una forma característica de las marmitas a torneta, con cuerpo globular y base plana (110). Mientras que el segundo, sólo hace referencia al tipo de decoración que se les suele asociar; en este caso, una banda incisa ondulada en el cuerpo (111).

Encontramos paralelos acerca de su posible evolución desde precedentes tardorromanos en el levante peninsular³⁵, en la zona de la campiña de Jaén³⁶ y en el interior de la provincia de Granada, más cercana a nosotros³⁷. En todos ellos su relación con tradiciones anteriores a la conquista parece más que evidente, apareciendo asociada a conjuntos de cerámicas toscas para las que no tenemos, por el momento, parangón en nuestro registro.

Variante II (figura 15, 112)

Presenta borde moldurado, con cuello de escaso desarrollo y cuerpo con tendencia globular. Aunque

³⁵ S. Gutiérrez Lloret, *La cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico*, Madrid-Alicante, 1996, 175, fig.75-1; 191, fig. 84-2.

³⁶ J. C. Castillo Armenteros, «La cerámica emiral de la campiña de Jaén», *Arqueología y Territorio Medieval*, 3, Jaén, 1996, pp. 191-220, pág. 208, fig. 2-17.

³⁷ E. Motos Guirao, «La cerámica altomedieval de 'El Castillón' (Montefrío, Granada)» (n. 24), pág. 214, fig. 2-12.

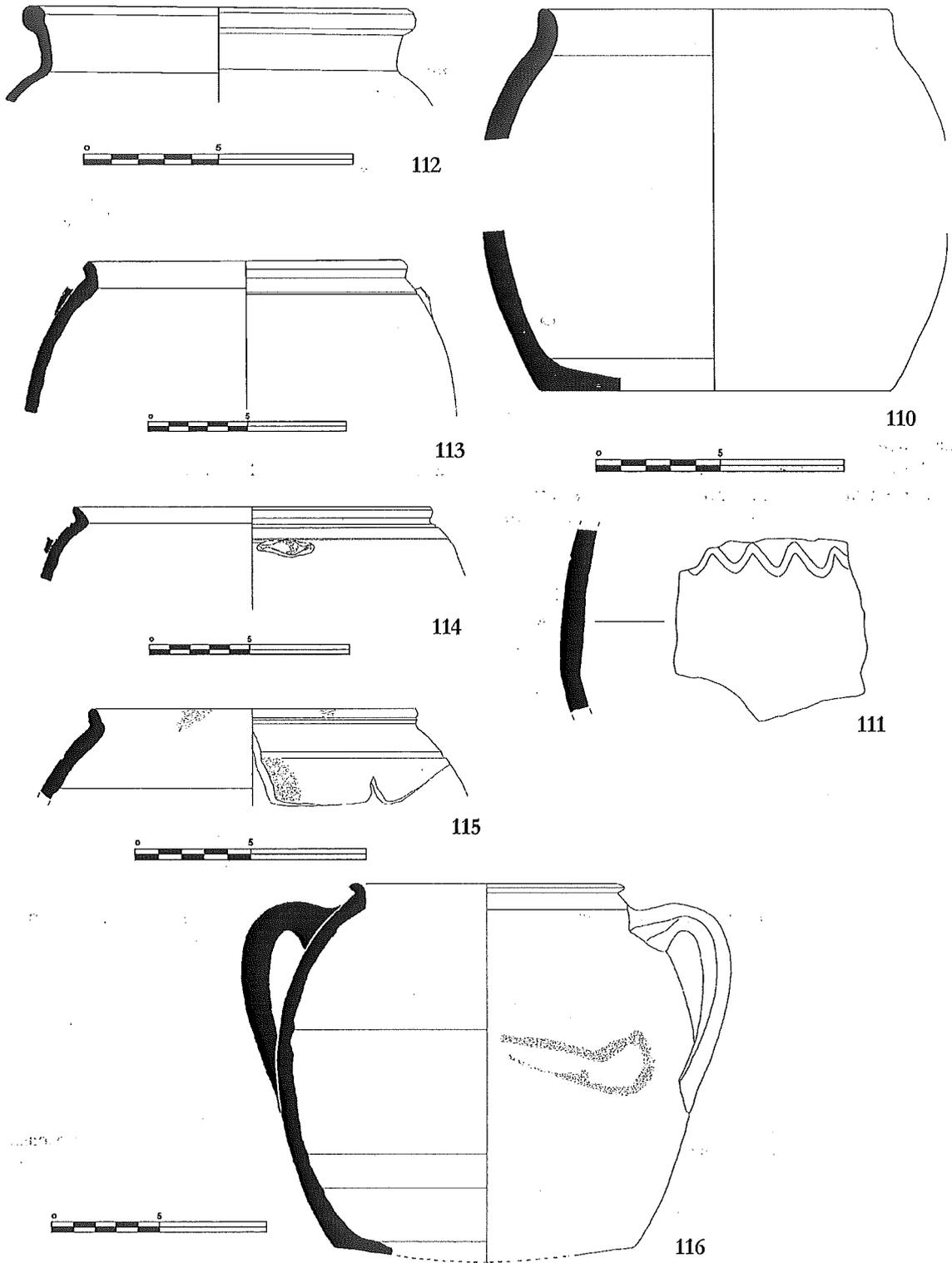


Fig. 15. Marmitas. Ronda.

mantiene semejanzas con algunas marmitas califales³⁸, pensamos que son mayores las influencias que debe recibir de la cerámica común tardorromana. No se han hallado restos de asas (característica habitual en éstas últimas).

Variante V (figura 15, 113, 114, 115 y 116)

Es la variante que mejor está representada en nuestro registro. Aún existiendo diferencias entre ellas, en lo fundamental todas poseen un cuerpo globular y un borde diferenciado que, en cierta medida, sustituye los cuellos de la anterior. El labio está ligeramente apuntado y engrosado al interior para recibir una tapadera. Todas tienen una banda incisa en el tercio superior del cuerpo, junto al borde, y sólo dos conservan restos de decoración de trazos en pintura blanca. El empleo de este pigmento será algo recurrente en las cerámicas comunes de Ronda.

Las semejanzas que mantiene con la marmita a torneta anterior apuntan, en cierta medida, a una posible evolución formal y tecnológica o, simplemente, a la traducción de un mismo tipo realizado con técnicas diferentes.

Parecidas a las nuestras las encontramos en orzas de Madinat al-Zahra, aunque con decoración en verde y manganeso³⁹, así como en la costa de Granada⁴⁰. Se podría ver algún precedente en determinadas formas de la cerámica emiral de la campiña de Jaén⁴¹. En el caso de Ronda, enmarcamos su evolución última entre los siglos X-XI (fig. 7), pero con toda seguridad se trata de una forma iniciada en época emiral.

Cazuelas

Variante I (figura 16, 117, 118, 119 y 120)

Son piezas caracterizadas por una marcada carena en el cuerpo, que de paredes curvas da paso a unos bordes exvasados de labios ligeramente apuntados y de sección triangular. Aunque por su tipología algunos paralelos podrían considerarse como cuencos, la existencia de asas en muchos de ellos, marcas de fuego, así como las similitudes que guarda con las que

³⁸ R. Hidalgo *et alii*, *El criptoportico de Cercadilla. Análisis arquitectónico y secuencia estratigráfica*, Sevilla, 1996, pág. 156, fig. 90-151.

³⁹ C. Cano Piedra, *Cerámica verde y manganeso de Madinat al-Zahra*, Granada, 1996, p. 90, fig. 30.

⁴⁰ A. Gómez Becerra, *Cerámica islámica de Salobreña*, Salobreña, 1997, p. 48, fig. 8.

⁴¹ J. C. Castillo Armenteros, «La cerámica emiral de la campiña de Jaén» (n. 36), p. 209, fig. 3-8.

pensamos sus variantes evolucionadas, nos lo hacen incluir en este grupo.

La forma más representativa de esta variante es la que tienen las figuras 117 y 118. Estas dos servirán de base primero a la nº 119, desarrollando una pestaña como prolongación del cuerpo que viene a acentuar aún más la carena, y en segundo lugar a la nº 120 que, por su contexto (una fosa datada entre los siglos X y XI), tal vez venga a representar la forma más evolucionada de esta variante, siendo también la única que permite apreciar su solero, plano-convexo en este caso.

En cuanto a su decoración, ésta se expresa con la habitual banda en pintura blanca situada bien en el borde (118), bien en el mismo labio (120).

Los precedentes para este subtipo aparecen claramente representados en los cuencos carenados de época visigoda. Encontramos ejemplos de ellos en Cantabria⁴², en la Cabeza de Navasangil, Ávila⁴³ y Recópolis⁴⁴, entre otras, vinculadas siempre a cerámicas de servicio de mesa. Más cercanos a nosotros, con parecidos resultados en cuanto a su evolución formal y funcionalidad, pero pertenecientes ya a época islámica, los tenemos en yacimientos de la Meseta, como Madrid⁴⁵ y en la ciudad de Bayyana⁴⁶. En ambos casos se coincide en señalar sus vínculos con las producciones cerámicas de tradición anterior a la conquista.

De esta misma variante hemos encontrado restos en algunos asentamientos serranos de altura con orígenes claramente indígenas y con cronologías próximas al siglo X, aunque es difícil precisar este extremo por tratarse de materiales procedentes de prospecciones superficiales.

Variante II (figura 17, 121, 122 y 123)

Clara derivación de la anterior, en ésta encontramos como constante la pestaña en la que remata el cuerpo en su unión con el borde. Asimismo, también varía la orientación de los bordes y la forma de los

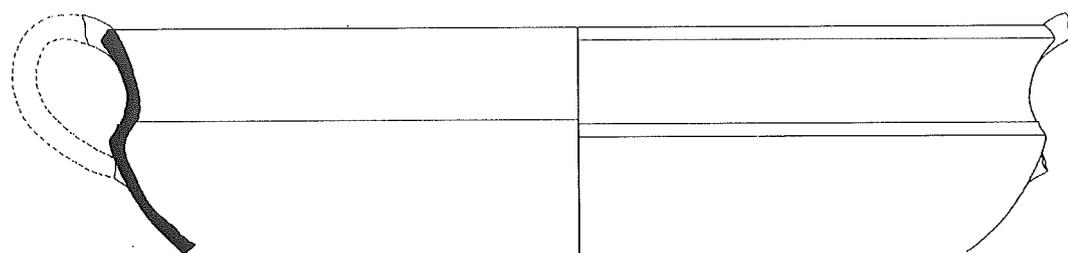
⁴² R. Bohigas Roldán y A. Ruiz Gutiérrez, «Las cerámicas visigodas de poblado en Cantabria y Palencia», *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, Madrid, 1989, pp. 31-51, p. 45, fig. 6-7.

⁴³ H. Larrén Izquierdo, «Materiales cerámicos de la Cabeza: Navasangil (Ávila)», *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, Madrid, 1989, pp. 53-74, p. 61, fig. 4.

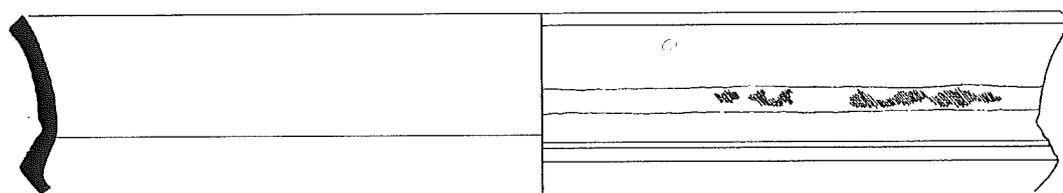
⁴⁴ C.E.V.P.P., «Cerámicas de época visigoda en la Península Ibérica. Precedentes y perduraciones», *Actas del IV C.I.C.M.M.O.*, Mértola, 1991, pp. 49-67, fig. 7, 1-5.

⁴⁵ M. Retuerce Velasco, *La cerámica islámica de la Meseta*, 2 vols. Madrid, 1998, tipo G.01.A.

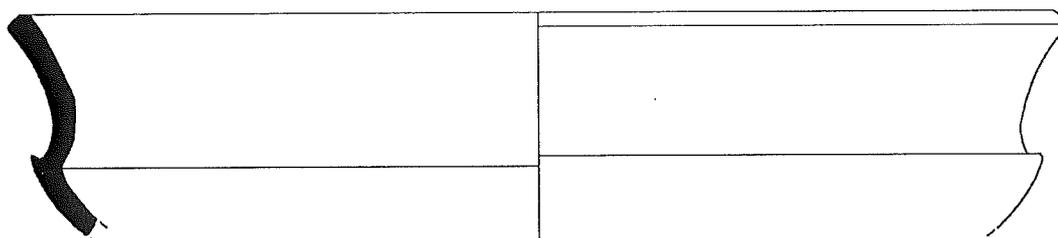
⁴⁶ Castillo Galdeano, F. y Martínez Madrid, R. (1993): «La producción cerámica en Bayyana» (n. 12), p. 83, lám. III-3.



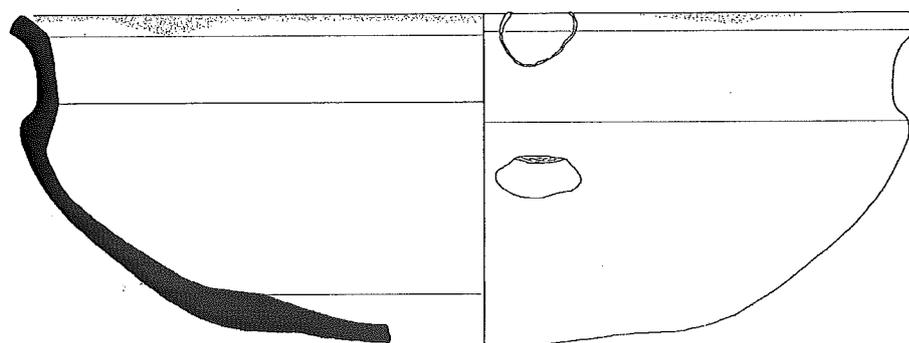
117



118



119



120

Fig. 16. Cazuelas. Ronda.

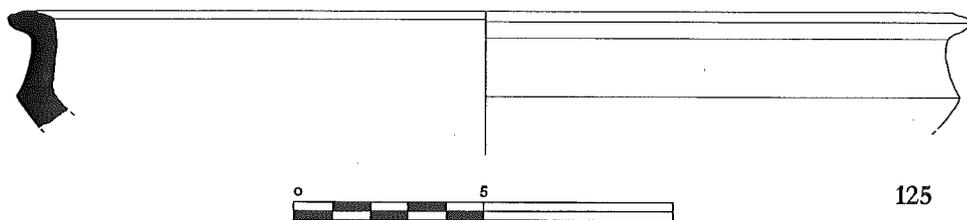
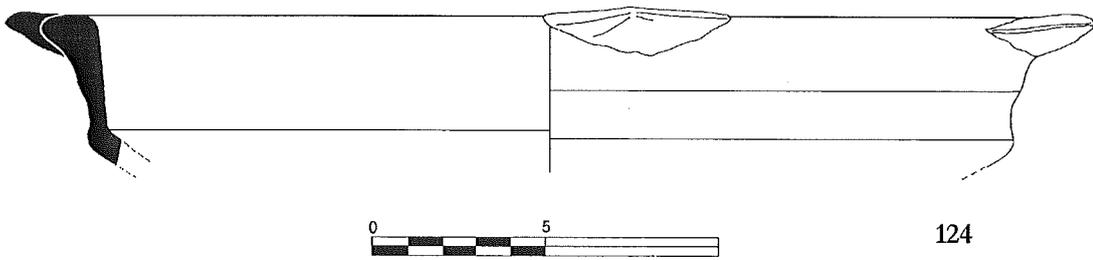
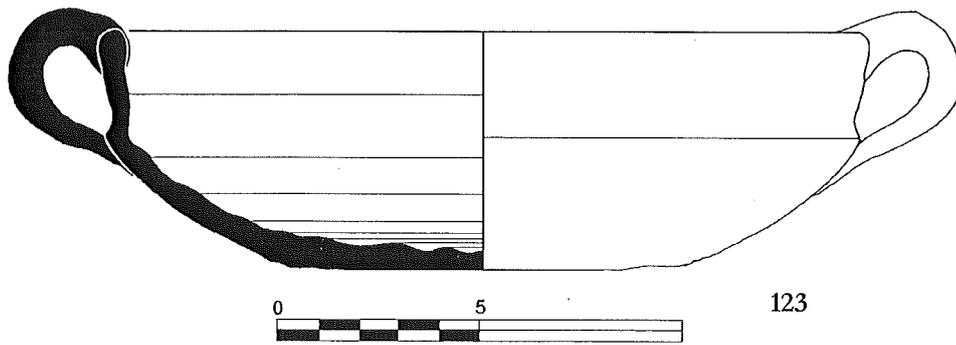
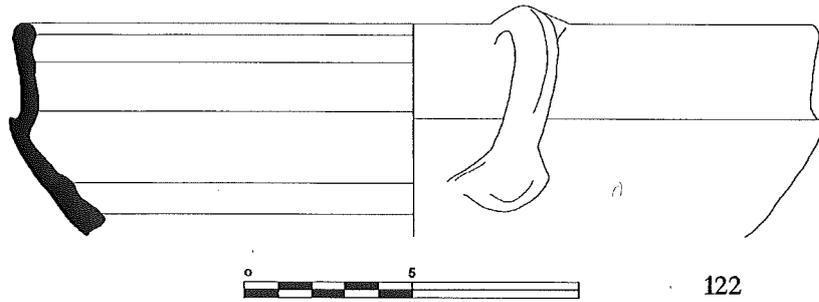
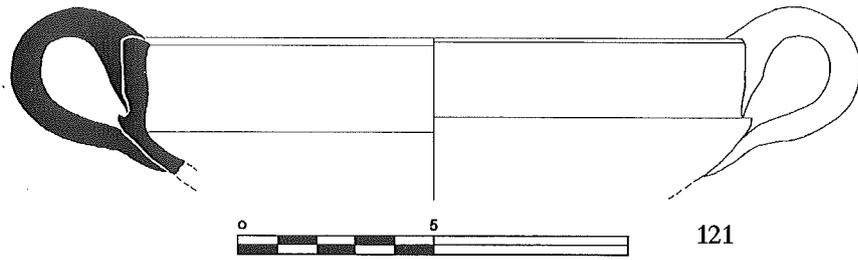


Fig. 17. Cazuelas. Ronda.

labios, siendo en esta ocasión rectos o muy ligeramente exvasados los primeros, y redondeados, engrosados al interior y algo envasados los segundos.

Todos poseen dos asas de puente que se inician por debajo de la pestaña y terminan en el mismo labio y sólo una pieza (123), permite ver cuál es la terminación de sus fondos. No hemos encontrado restos de decoración en esta variante.

Sus antecedentes son similares a los del subtipo anterior. Paralelos a estos, aparte de los ya indicados de Bayyana y Madrid, los encontramos en los niveles califales de Mallorca⁴⁷. Por el contrario, no hemos hallado paralelos en yacimientos de Andalucía occidental, al menos que conozcamos.

Variante III (figura 17, 124 y 125)

Incluimos en este subgrupo una serie de piezas que, aun compartiendo muchas características con la variante anterior (cuerpos carenados, paredes curvas), presentan igualmente notables diferencias, tales como los labios, que son engrosados al exterior en «ala», los bordes que, salvo en la 125, son envasados, o la ausencia de asas o su sustitución por asideros aplicados o mamelones situados en el labio. No tienen decoración pintada.

Hallamos ejemplos similares a los nuestros en yacimientos de la Meseta⁴⁸ y en piezas emirales y califales de El Castellón de Montefrío⁴⁹ y Córdoba⁵⁰.

Cuenca, plato

Variante I (figura 18, 126)

Constituye el único ejemplo del conjunto que presentamos, siendo también la pieza de este grupo que describe una clara base plana. Su cuerpo es de paredes curvas y quebradas, mientras que su borde, con labio apuntado, se desarrolla hacia el exterior en forma de ala. Su acabado se realiza mediante engobe y presenta como decoración goterones de pintura roja en el cuerpo. Destaca sus reducidas dimensiones.

⁴⁷ Riera Frau, Magdalena (1999): «Cerámicas emirales y califales halladas en Mallorca», *Arqueología y Territorio Medieval*, 6, Jaén, 1999, pp. 177-190, p. 188, fig. 8-3.

⁴⁸ M. Retuerce Velasco, *La cerámica islámica de la Meseta* (n. 45), tipo G.01.

⁴⁹ E. Motos Guirao, «La cerámica altomedieval de 'El Castellón' (Montefrío, Granada)» (n. 24), p. 211, fig. 1-8.

⁵⁰ M. C. Fuertes Santos y M. González Virseda, «Avance al estudio tipológico de la cerámica medieval del yacimiento de Cercadilla, Córdoba. Materiales emirales», *Actas del IV C.A.M.E.*, t. III, Comunicaciones, Alicante, 1993, pp. 771-778, p. 778, lám. 3-XII.

En cuanto a su origen, éste parece estar claro en ciertos platos tardorromanos cuya producción se mantiene tras la conquista⁵¹. Este es el caso de los ataifores con labio en ala hallados en Bayyana⁵², idénticos al nuestro incluso en la ausencia de vedrío, pero con diámetros mayores, o alguno de Vascos⁵³, aunque con desarrollo desigual en el cuerpo.

Variante II (figura 18, 127)

El mismo origen parece tener el 127, y algunas otras ya con vedrío, que no traemos aquí. Se tratan de recipientes abiertos, de paredes rectas a los que se les añade en la base el característico anillo de solero, a veces muy vagamente diferenciado.

El ejemplo que mostramos cuenta con un claro contexto tardorromano, quizá de época visigoda, empleando como decoración los restos de una palmeta en pintura roja. No obstante parece ser un tipo que perdurará bastante en al-Andalus, variando tan sólo la tecnología empleada en su acabado.

Paralelos para esta figura en los que se muestra bien la pervivencia de ciertos tipos a los que se les aplican técnicas novedosas los encontramos en la campiña de Jaén, con vedrío⁵⁴.

Variante III (figura 18, 128)

Son recipientes de paredes curvas labios redondeados o ligeramente apuntados y bases con anillos de solero. En este caso carece de ésta última. No está vidriada pero sí conserva restos de pintura, también a la almagra, en su labio. El contexto donde fue hallada es claramente islámico (s. X-XI), algo que también ocurre en otras zonas⁵⁵. Sin embargo, parece mantener estrechos lazos con tipos comunes de la cerámica hispanogoda⁵⁶. Como fusión de ambas tradiciones los encontramos presentes en el área de Tudmir, en la que las pervivencias de la cerámica indígena son muy patentes⁵⁷.

⁵¹ H. Larrén Izquierdo, «Materiales cerámicos de la Cabeza: Navasangil (Ávila)» (n. 43), p. 57, fig. 1.

⁵² F. Castillo Galdeano y R. Martínez Madrid, «La producción cerámica en Bayyana» (n. 12), p. 85, lám. V, 6.

⁵³ R. Izquierdo Benito, *Ciudad hispanomusulmana de «Vascos», Navalmorealejo (Toledo). Campañas 1983-1988*, Toledo, 1994, p. 146, fig. 47, 11.

⁵⁴ J. C. Castillo Armenteros, «La cerámica emiral de la campiña de Jaén» (n. 36), p. 212, fig. 6, 1.

⁵⁵ M. Retuerce Velasco, *La cerámica islámica de la Meseta* (n. 45), tipo A.01.B.

⁵⁶ H. Larrén Izquierdo, «Materiales cerámicos de la Cabeza: Navasangil (Ávila)» (n. 43), p. 67, fig. 7.

⁵⁷ S. Gutiérrez Lloret, *La cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico* (n. 35), p. 120, fig. 46.

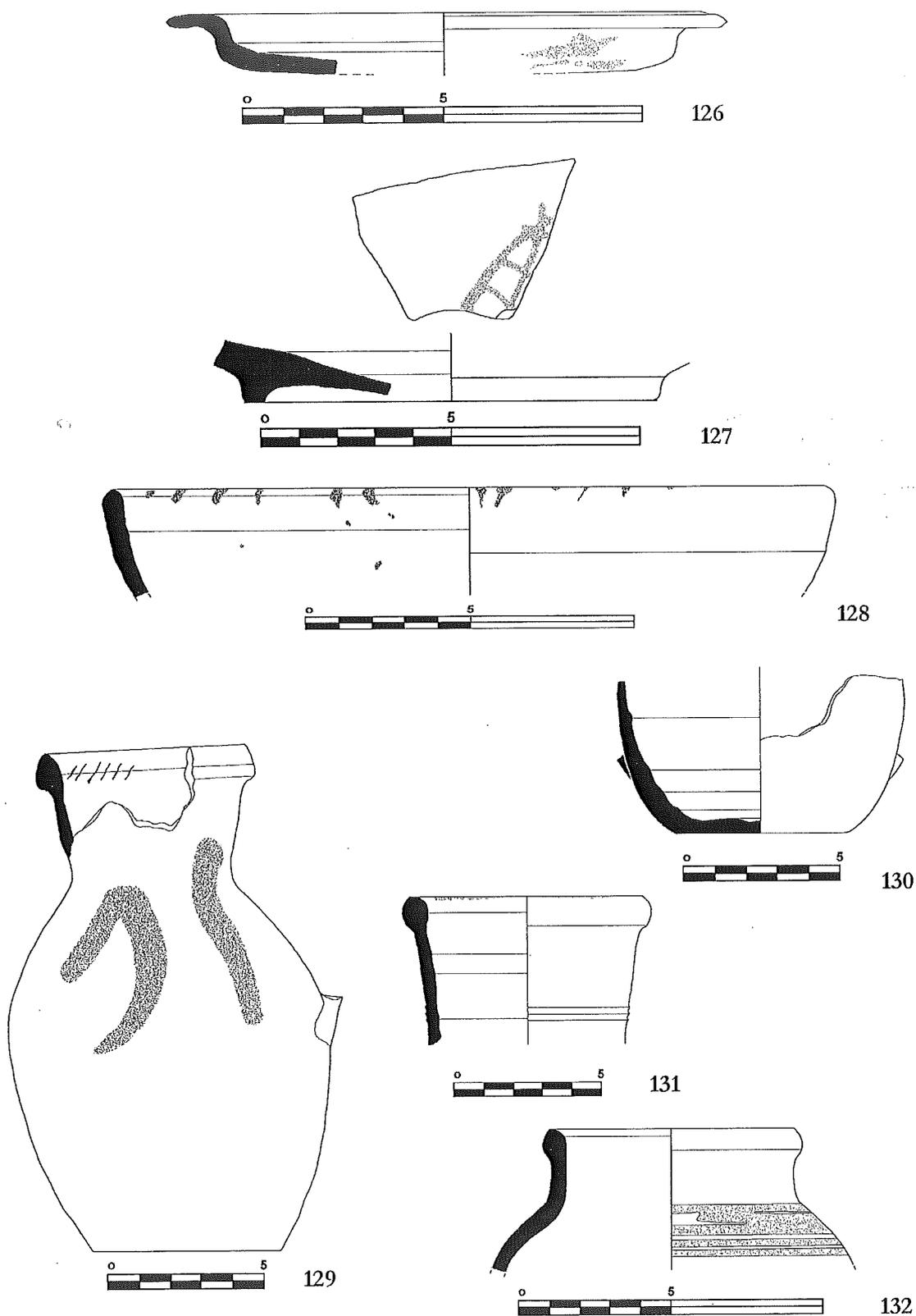


Fig. 18. Cuencos, platos, jarritas y jarritos. Ronda.

Jarritas y jarritos

Variante I (figura 18, 129, 130, 131, 132)

Caracterizada por bordes diferenciados y labios engrosados, cuellos cilíndricos y cuerpos de tendencia piriforme algo abombada. El mejor ejemplo lo tenemos en la 129, con un claro contexto hispanogodo. En ella se observan influencias de la cerámica tardorromana sobre todo en la boca, sirviendo como modelo para el posterior desarrollo de estas piezas. Prueba de ello sean quizás las 131 y 132, con cuello algo exvasado la primera, y con tendencia al envasamiento la segunda, de cronología más avanzada (s. IX-X), o la 130, con base también plana pero con cuerpo de tendencia más cilíndrica y dos asas.

Los motivos decorativos que se repiten consisten en trazos horizontales pintados sobre el cuello (132, en blanco), o bien oblicuos digitales que se desarrollan en el cuerpo (129, en rojo). Sólo en la 131 hallamos restos de pintura en el labio, siendo también la que presenta bandas incisas en el cuello.

Encontramos parecidos para la 129 en piezas visigodas del Museo Arqueológico Nacional⁵⁸, procedentes, como ésta, de ámbitos de necrópolis. Para el resto sí conocemos ejemplos en yacimientos islámicos, aunque con una importante carga de influencia indígena. Así ocurre en El Castellón de Montefrío, para la 130⁵⁹, o en Bayyana para las 131 y 132⁶⁰.

Variante II (figura 19, 133, 134, 135 y 136)

Son formas típicamente islámicas. Componen esta variante jarritas con cuerpos globulares y panzudos, que pueden incluso llegar a ser acentuados (136), cuellos cilíndricos, rectos o ligeramente curvos, y labios algo envasados, redondeados y normalmente engrosados al interior. En los ejemplos que presentamos podemos encontrar la existencia de un asa de puente que parte desde el labio, desarrollando un vuelo alto (133 y 136), aunque en algunas de ellas esta característica no se puede apreciar. Las bases son plano convexas.

Ninguna tiene vidriado y, normalmente, si conservan acabado éste suele ser un engobe que, en el caso

⁵⁸ R. Izquierdo Benito, «Cerámica de necrópolis de época visigoda del Museo Arqueológico Nacional», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 80, Madrid, 1977, pp. 569-611, p. 231, fig. 12, 2.

⁵⁹ E. Motos Guirao, «La cerámica altomedieval de 'El Castellón' (Montefrío, Granada)» (n. 24), p. 231, fig. 12, 2.

⁶⁰ F. Castillo Galdeano y R. Martínez Madrid, «La producción cerámica en Bayyana» (n. 12), p. 88 y 90, láms. VI-5 y VII-6.

de la pieza 134 resulta bastante llamativo, pues al ser oscuro hace resaltar los filetes blancos que lleva en cuello y cuerpo. Estos filetes o bandas habrán de repetirse en esta serie, siendo el motivo decorativo más usual en la cerámica rondeña también en esta época.

Estas formas aparecen bien representadas en yacimientos emirales y califales de todo al-Andalus, denotándose en ellas una larga perduración que llegará hasta el siglo XI. Las muestras más antiguas las encontramos en el sureste peninsular, con acanaladuras en el cuerpo y asas de vuelo alto, como nuestro 133⁶¹. Plenamente califales las tenemos también en el área de Tudmir⁶², pero sobre todo en Madinat al-Zahra⁶³ y Córdoba⁶⁴. No hemos encontrado parecidos para la 136, con un contexto del s. X.

Variante III (figura 19, 137, 138 y 139)

Este subgrupo guarda estrechas semejanzas con el anterior en lo que se refiere a la forma de los cuerpos, las bases y los labios, constituyendo su única novedad la tendencia de los cuellos, que ahora son troncocónicos invertidos o exvasados. Poseen una o dos asas. Los ejemplares más significativos de este tipo son las piezas 137 y 138, esta última un jarrito con pitorro vertedor. No conservan restos de decoración alguna.

Las tres piezas parecen corresponder a momentos califales, y en algún caso anteriores, estando suficientemente representadas en yacimientos de este período como Córdoba⁶⁵, Medinaceli, en donde existe un ejemplar idéntico a nuestro 138⁶⁶, o Madinat al-Zahra, para la 139, la cual, aunque con vidriado, se introducirá de lleno en el siglo XI⁶⁷.

⁶¹ S. Gutiérrez Lloret, *La cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico* (n. 35), p. 114, fig. 42; o *Almería, Vivir en al-Andalus. Exposición de cerámica (s. IX-XV)*, Almería, 1993, p. 82.

⁶² S. Gutiérrez Lloret, *La cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico* (n. 35), p. 216, 10, 9.

⁶³ A. Vallejo Triano y J. Escudero Aranda, «Aportaciones para una tipología de la cerámica común califal de Madinat al-Zahra», *Arqueología y Territorio Medieval*, 6, Jaén, 1999, pp. 133-176, p. 155, fig. 11, 2.

⁶⁴ M. C. Fuertes Santos y M. González Virseda, «Avance al estudio tipológico de la cerámica medieval del yacimiento de Cercadilla, Córdoba. Materiales emirales» (n. 50), p. 778, lám. 3-VII.

⁶⁵ R. Hidalgo *et alii*, *El criptoportico de Cercadilla. Análisis arquitectónico y secuencia estratigráfica* (n. 38), p. 46, fig. 84, 1441.

⁶⁶ M. Retuerce Velasco, *La cerámica islámica de la Meseta* (n. 45), tipo C.19.

⁶⁷ C. Cano Piedra, *Cerámica verde y manganeso de Madinat al-Zahra* (n. 39), p. 83, fig. 23.

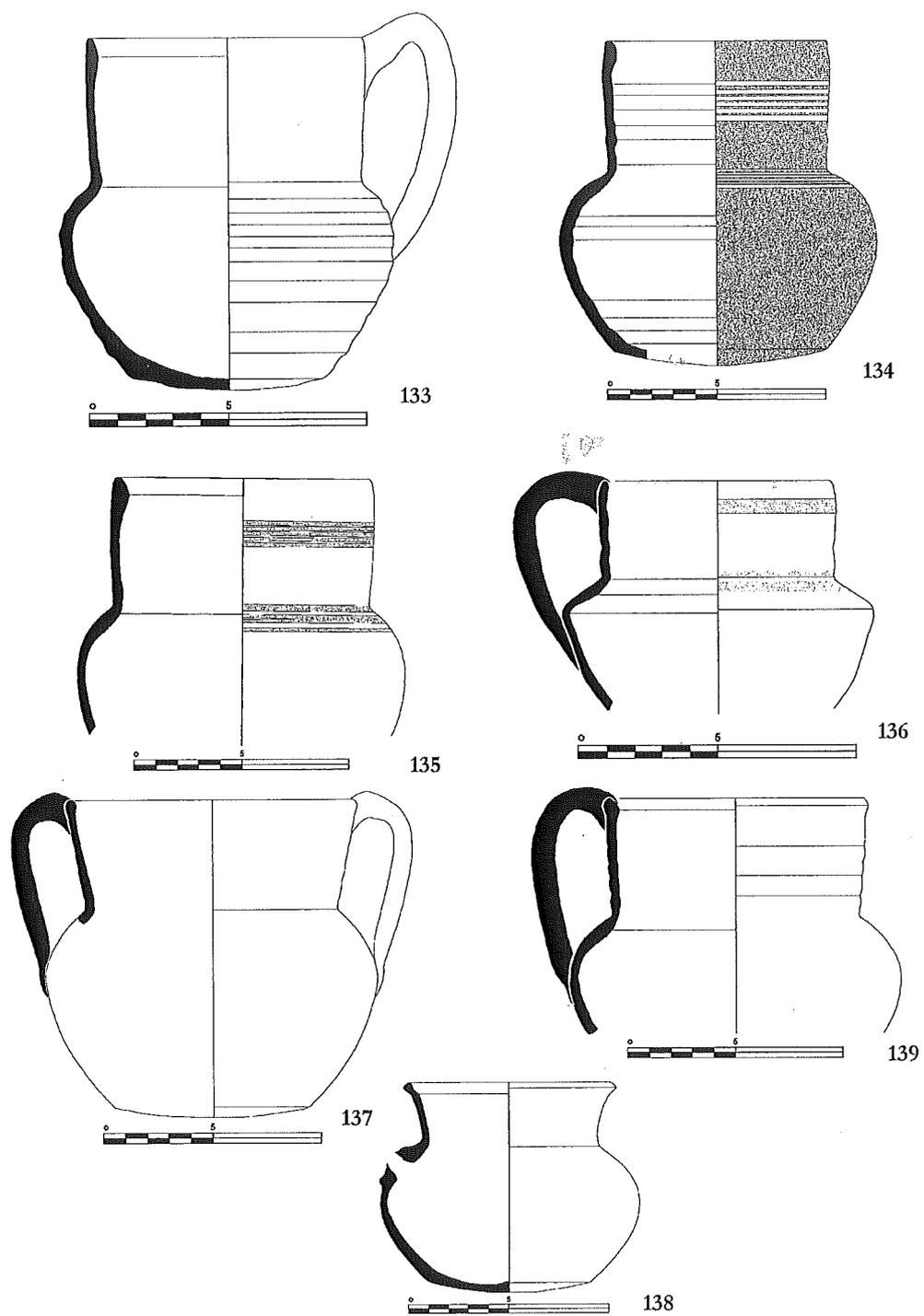


Fig. 19. Jarritas y jarritos. Ronda.

MUSEO MUNICIPAL DE RONDA
BIBLIOTECA

Orzas

Variante I (figura 20, 140)

El único ejemplar que presentamos de este grupo tiene cuerpo piriforme y borde diferenciado y exvasado, labio redondeado o algo apuntado. No tiene ningún tipo de tratamiento en su acabado y, aunque sus dimensiones son reducidas, su finalidad sería el almacenamiento de sustancias.

Piezas con grandes semejanzas a la nuestra las encontramos en yacimientos medievales en los que las cerámicas a mano o torneta son comunes. Igualmente parecen presentarse similitudes con cerámicas comunes tardorromanas. Así ocurre en lugares como Córdoba, para la que se data entre los siglos VII y VIII⁶⁸ o el Zambo⁶⁹.

Nuestro ejemplar, como viene siendo la tónica para la mayor parte del ajuar cerámico de esta época, está realizado a torno y su contexto estratigráfico parece ser califal.

Jarras y jarros

Variante I (figura 20, 141 y 142)

Representada por piezas con bordes diferenciados, exvasados en ala y labios planos. Tienen cuellos medianamente desarrollados y ligeramente cóncavos o estrangulados. Sólo un ejemplar conserva el arranque de un asa, haciéndolo hacia la mitad del cuello (141). Como decoración sólo la 142 conserva parte de una línea de pintura negra sobre el labio.

Parece ser una forma inspirada en la tradición preislámica, siendo de ésta lo más característico los bordes alados. Ciertamente no son pocos los ejemplos que se dan entre la cerámica común tardorromana, no obstante es un tipo con una larga perduración que aparece fundamentalmente en lugares con niveles califales. En este marco cronológico se sitúan las piezas del tipo C.40 de Retuerce⁷⁰, o algunas de las halladas en Madinat al-Zahra⁷¹.

⁶⁸ R. Hidalgo *et alii*, *El criptopórtico de Cercadilla. Análisis arquitectónico y secuencia estratigráfica* (n. 38), p. 131, fig. 76, 1452.

⁶⁹ S. Gutiérrez Lloret, *La cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico* (n. 35), p. 112, fig. 41; 127, fig. 52.

⁷⁰ M. Retuerce Velasco, *La cerámica islámica de la Meseta* (n. 45).

⁷¹ C. Cano Piedra, *Cerámica verde y manganeso de Madinat al-Zahra* (n. 39), p. 80, fig. 20.

Variante II (figura 20, 143 y 144)

También con cuellos cilíndricos, solo que más anchos y cortos, la particularidad de esta variante radica en la forma de sus bordes, que son moldurados, pudiendo tener labios planos (143) o redondeados y algo envasados (144).

El ejemplar que mayor complejidad en la molduración presenta es el 143, que es, igualmente, el que más cerca está de las formas tardorromanas. En su interior, el borde parece estar preparado para la recepción de una tapadera.

En cuanto a los motivos decorativos, éstos pueden ser incisos, como en el caso de la 143 o pintados en rojo como en la 144.

Existen paralelos en yacimientos con una clara tradición indígena como en Montefrío⁷², en Bayyana⁷³ o en la zona de la campiña jiennense⁷⁴, para nuestra 144, y en este último lugar⁷⁵ y en Córdoba⁷⁶, para la 143, existiendo igualmente para ésta precedentes en época visigoda, como en Recópolis⁷⁷.

A modo de recapitulación final, podemos decir que aunque la muestra no sea excesivamente amplia, sí es lo suficientemente significativa como para extraer algunas conclusiones de carácter general que, además, en sus formulaciones básicas, se están viendo confirmadas tanto en nuestro territorio como en otros cercanos.

Ya hemos apuntado, aunque su estudio esté todavía en curso, cómo las últimas intervenciones realizadas en Ronda ciudad indican una continuidad en el poblamiento durante el siglo VII, atestiguado tanto por estructuras domésticas y de otra naturaleza (religiosa), como por la aparición de cerámicas tardías, introducidas aquí, probablemente, desde la costa malagueña, pero sobre todo desde la gaditana de Algeciras (mejor comunicada con nuestra área por los cursos fluviales del Guadiaro y el Genal), al menos hasta el momento en el que ésta vea interrumpidos sus contactos comerciales con el resto del mediterráneo de manera brusca. Será quizá desde esta fecha cuando comiencen a acentuarse de forma más patente las diferencias

⁷² E. Motos Guirao, «La cerámica altomedieval de 'El Castellón' (Montefrío, Granada)» (n. 24), p. 215, fig. 3, 14.

⁷³ Castillo Galdeano, F. y Martínez Madrid, R. (1993): «La producción cerámica en Bayyana» (n. 12), p. 81, lám. II, 7.

⁷⁴ J. C. Castillo Armenteros, «La cerámica emiral de la campiña de Jaén» (n. 36), p. 214, fig. 8, 14.

⁷⁵ Ídem, p. 217, fig. 11, 9.

⁷⁶ M. C. Fuertes Santos y M. González Virseda, «Avance al estudio tipológico de la cerámica medieval del yacimiento de Cercadilla, Córdoba. Materiales emirales» (n. 50), p. 78 Fig. XX, lám. 3.

⁷⁷ C.E.V.P.P., «Cerámicas de época visigoda en la Península Ibérica. Precedentes y perduraciones» (n. 44), p. 57, fig. 28.

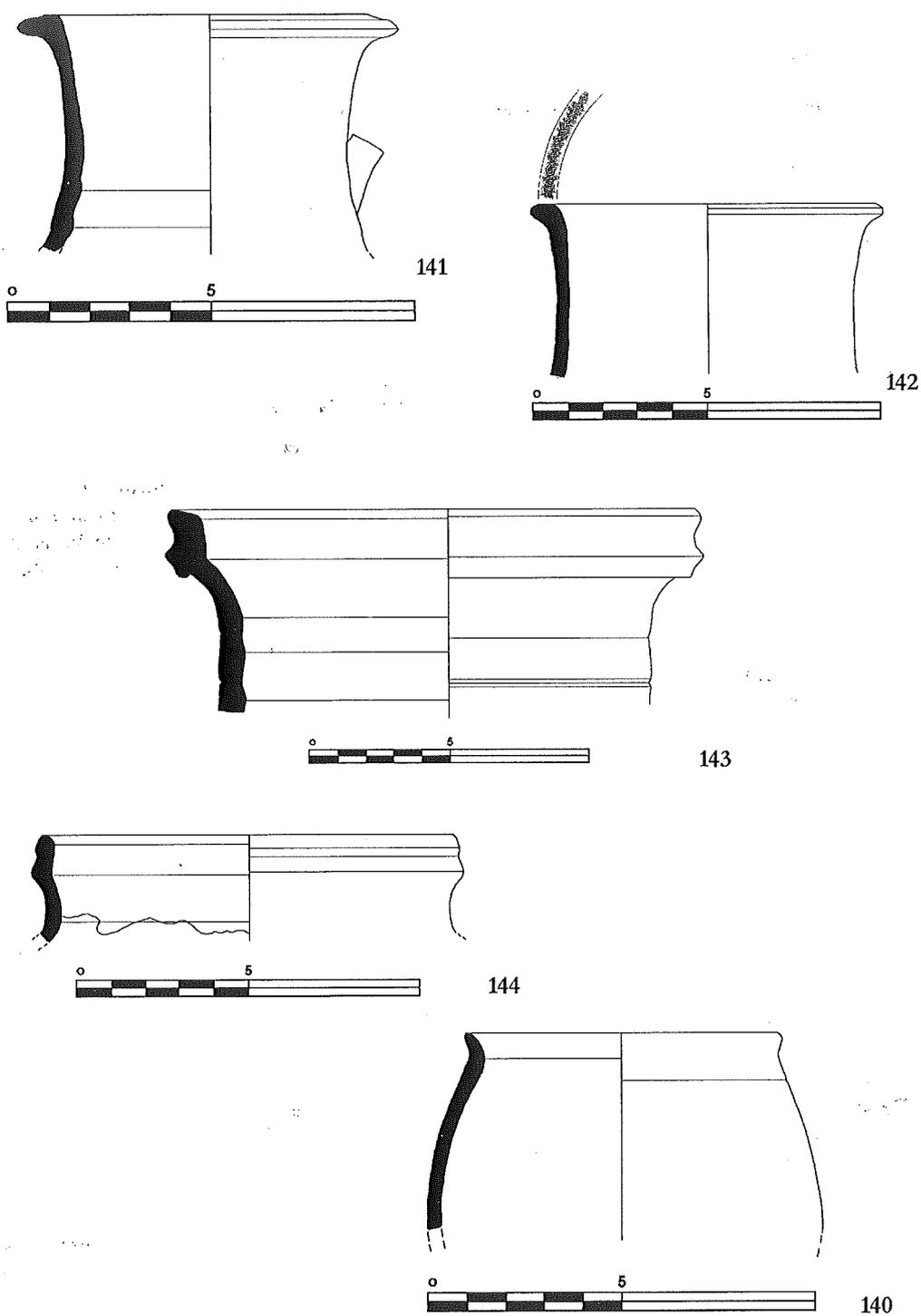


Fig. 20. Orzas, jarras y jarros. Ronda.

en las producciones cerámicas, que ya existían, las cuales, aunque mantengan como nexo de unión el hundir sus raíces en la tradición antigua, se caracterizarán por una evolución diferencial de las formas y las técnicas, razón tal vez, de que en Ronda se continúe con una tradición alfarera singularizada por el empleo del torno alto como técnica y por la producción de algunos tipos que, por el momento, no son muy habituales en otros contextos del sur peninsular. No obstante, cada vez con mayor asiduidad, encontramos en nuestras excavaciones cerámicas realizadas a torneta, pero su proporción es, con mucho, bastante inferior a las producciones anteriores.

Al margen de esta observación, que habrá que desarrollar y argumentar mejor, y sin que podamos establecer unas cronologías más depuradas, lo que sí parece cierto es que, con un arco temporal de dos o más siglos (con seguridad desde el VII y, en algunos casos, hasta el siglo X) en nuestro territorio⁷⁸ las cerámicas de «época visigoda» o de influencia antigua se continuarán realizando a torno, como expresión no sólo de la continuidad de una opción tecnológica, sino también de la comunidad que la mantiene.

Por su parte, en la aparición de cerámicas a torno lento, nuestra interpretación se inclina hacia el mismo sentido, aunque su grado de repercusión sea muy limitado. En un ámbito ruralizado como lo fue el de la meseta rondeña ya durante buena parte de la Antigüedad Tardía, no es de extrañar que algunas de las producciones se realizaran a mano o torneta, sobre todo las más domésticas, máxime cuando, aun existiendo algunos alfares, éstos, por hallarse en unidades de poblamiento y producción de carácter esencialmente autárquico, no bastarían para satisfacer la demanda originada por otros centros. Sin embargo no está de más insistir en que estos conjuntos son, por el momento, muy escasos, al menos en la zona de Ronda, en donde sabemos de la existencia de grandes asentamientos rurales en el siglo VII, que posiblemente seguirán poblados en centurias posteriores. De los ejemplares con que contamos de estas cerámicas toscas casi todos parecen pertenecer a marmitas y sólo unos cuantos a cazuelas, es decir, exactamente lo contrario de lo que ocurre con la vajilla de cocina elaborada a torno. Tales diferencias quizá deban ponerse en relación también con las costumbres culinarias, pues éstas han sido tradicionalmente razones de peso a la hora de concebir algunos tipos así como su forma de hacerlos.

⁷⁸ Podemos comenzar a hablar de territorio, aunque tímidamente, pues a la ciudad de Ronda, que es el caso mejor estudiado, se le está uniendo otros puntos de la Serranía en los que son perceptibles similares características.

Al margen de esto, y gracias a los estudios que se están realizando en otros ámbitos con registros mejor conservados, como es el caso de los desarrollados por S. Gutiérrez y su equipo en el Tolmo de Minateda, se están ofreciendo nuevos datos sobre la cerámica de «época visigoda» que resultan ciertamente reveladores. Uno de ellos es, por ejemplo, la cuidada manufactura a torno rápido de muchos ejemplares y la abundancia de estas piezas sobre las que son elaboradas con torneta, al menos durante los siglos VII y VIII⁷⁹.

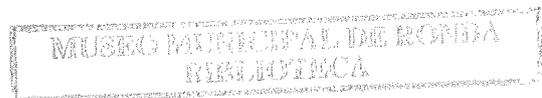
En Ronda, creemos que esta circunstancia continuará caracterizando el registro cerámico también durante todo el siglo IX, aunque con algunas incursiones en las dos centurias siguientes de determinadas piezas, como las cazuelas carenadas, las cuales, con fuertes deformaciones respecto a su modelo original, se han hallado en contextos del siglo XI. Paralelo a este fenómeno y en el mismo siglo IX es cuando parecen hacer su introducción las primeras piezas pertenecientes ya a una tradición alfarera bien distinta, como es la islámica.

La confusión en el registro es también la tónica para estos conjuntos, sin embargo, las características formales de algunas piezas, su escasa representación en el registro y su contexto aproximado, a falta de estratigrafías más claras, nos dan pie para proponer una cronología emiral para ciertas cerámicas de la vajilla de mesa, sobre todo jarritos y jarritas (aunque también podrían considerarse aquí otros tipos como los atafiores bícromos en verde y en melado). La mayor parte de las mismas se hallan bizcochadas sin vedrío, utilizando los engobes y la pintura (roja o blanca) como las técnicas más empleadas para sus acabados. Sin embargo, y a raíz de lo observado en el caso de Málaga, antes aludido, con características similares, tanto por la forma como por la tecnología de los vedríos, bien podríamos contar en nuestra ciudad con algunas importaciones malagueñas procedentes de los, al parecer, exclusivos alfares emirales que están funcionando durante gran parte del siglo IX en esta ciudad⁸⁰.

En el nivel de investigación que nos encontramos, lo que sí resulta patente es que el cambio que se originará en el registro cerámico de Ronda, con la aparición de contextos y conjuntos netamente islámicos, no parece producirse hasta mediados del siglo X y comienzos del XI; proliferación de atafiores en ver-

⁷⁹ Agradezco a la profesora S. Gutiérrez sus comentarios al respecto.

⁸⁰ Es este un aspecto que se mostraría con mayor nitidez de realizarse un análisis comparativo de las pastas y los vedríos de estas piezas que, desgraciadamente aún está por hacer.



de y manganeso, melados con manganeso, todos con repié, redomas vidriadas, etc. Es decir, se produce una clara oscilación a favor de las producciones islámicas y, en consecuencia, una exigua representación ya de las piezas que recuerdan el pasado indígena, tendencia que vinculamos, como en otros lugares, a la definitiva islamización del territorio coincidente con la implantación del califato.

La diferenciación entre estas dos tradiciones es, pues, evidente, como también lo es la convivencia de ambas durante largo tiempo, y el desigual protagonismo que cada una alcanzará según nos encontremos en una mitad o en otra del periodo que tratamos.

Entonces, ¿qué ocurre con la representación material del poblamiento beréber temprano que, según las fuentes escritas, caracterizó al área de la Serranía de Ronda, la antigua Takurunna? Aunque sea difícil de aislar, dicho reflejo debe quedar plasmado en el registro de alguna forma que, tal vez, hoy permanezca solapada por los parecidos formales que mantienen las piezas beréberes con las de tradición antigua, según se observa, por ejemplo, en el caso de Nakur, en el norte de África, en donde las producciones a mano y torneta de los siglos IX y X guardan similitudes con las anteriores y, a través de éstas, con las que se encuentran en el sureste de la Península Ibérica⁸¹.

Pero aparte de esto, que puede ser una premisa interesante a considerar en los estudios que desarrollamos en el marco de la Serranía, en el caso de Ronda ciudad, la ausencia de esta tercera tradición rifeña parece estar más relacionada con el «exclusivo» poblamiento indígena de la zona, en el que irá calando paulatinamente las nuevas formas de concebir la cerámica como resultado del proceso de aculturación que se iniciará, de manera más concreta, con Abd al-Rahman II.

III. CERÁMICAS DE MORÓN

El castillo de Morón de la Frontera se levanta al sudeste del pueblo (U.T.M. 30STG833114) sobre un modesto cerro de 296 m. de altura máxima. Esta ubicación viene determinada por su privilegiada posición estratégica como bastión comunicativo y puerta de entrada entre la Campiña-Valle del Guadalquivir y la Serranía de Cádiz y Ronda.

Los datos sobre la etapa altomedieval en Morón son bastante dispares y hasta contradictorios. Así, por

ejemplo, del periodo visigodo existe un mutismo completo en la documentación escrita lo que contrasta con la cuantía e importancia de los restos arqueológicos recuperados en la localidad y su término. Tras la conquista musulmana el panorama cambia sustancialmente ya que los testimonios materiales son más escasos pero, en cambio, las fuentes trazan una visión detallada de la circunscripción y de la relevancia que tuvo en los principales sucesos de aquellos momentos.

La excavaciones realizadas en los últimos años en el castillo han sacado a la luz un registro cerámico de los siglos VIII y IX muy abundante que permite definir con cierta precisión las características de estos materiales durante época emiral y los aspectos particulares que los diferencian de otras zonas de al-Andalus.

El repertorio material recuperado en el yacimiento de Morón de la Frontera puede sintetizarse desde el punto de vista técnico, formal y decorativo en la siguiente relación:

Redomas. Se caracterizan por su cuello estrecho y largo de perfil ligeramente troncocónico no muy abierto y suave moldura en el centro (figura 21). El borde es ligeramente excavado con anillo exterior y labio vertical. Están realizadas con barro rojizos bien decantados. Las paredes poseen un espesor mediano y muestran una superficie exterior bien alisada. Se comienzan a documentar en los niveles de la segunda mitad del IX. En la península se localizan abundantemente entre los siglos IX y XI pero con cubiertas vítreas.

Jarros I. Recipientes de mediana altura, cuerpo de tendencia globular, cuello poco desarrollado cilíndrico o ligeramente troncocónico, borde indiferenciado y labio redondeado. Poseen un asa que parte del labio y se recoge en los hombros (figura 22). Están elaborados con barro bien decantados de color beige o anaranjados, desgrasantes medio minerales, paredes gruesas y a veces decoración de trazos pintados en rojo. Se constatan desde el siglo IX y, al igual que en el resto de los jarros, en los niveles más antiguos se aprecian huellas de haber servido ocasionalmente para la cocción de alimentos.

Jarros II. Quedan definidos por su cuerpo globular algo desarrollado, cuello alto de silueta ligeramente cóncava, borde exvasado no diferenciado y labio redondeado. Poseen un asa que va desde el labio hasta los hombros (figura 22). No llevan decoración y se hallan únicamente en los estratos del siglo IX.

⁸¹ M. Ación, *et alii*, «La cerámica a mano de Nakur (ss. IX-X). Producción beréber medieval», *Arqueología y Territorio Medieval*, 6, Jaén, 1999, pp. 45-69, p. 58.

Jarros III. Piezas de mediana capacidad caracterizadas por su boca trilobulada (figura 22). Tiene base plana o convexa, cuerpo globular no muy abierto, cuello cóncavo ligeramente desarrollado y borde continuo. Se localizan en los niveles finales del siglo IX.

Jarros IV. Se trata de vasijas de cuello corto y cilíndrico, borde redondeado, cuerpo de sección ovalada y amplio fondo plano o convexo. Aparecen siempre asociadas al tipo anterior (figura 22).

Jarras. Es con diferencia el recipiente de contención y transporte característico de los niveles emirales del yacimiento. Sus prototipos hay que buscarlos en vasijas de la antigüedad tardía (figura 22). Se definen por su borde vertical y labio reforzado con diferentes perfiles; cuello cilíndrico estrecho y alto con una característica moldura en el centro, cuerpo ovoide muy desarrollado o de tendencia globular. Poseen dos asas de sección oval que parten del centro del cuello a la altura de la moldura y se recogen en los hombros. Están efectuadas con barros cremas o beige, desgrasantes no muy abundantes de tamaño medio o grueso tanto vegetales como minerales. Paredes de textura compacta, anchas y superficie alisada.

Tinajas. Hemos optado por incluirlas en el grupo de almacenamiento y no en el de cocina donde tiene claros paralelos por sus grandes dimensiones que sugieren un uso relacionado con la contención y provisión y por no hallarse en ninguno de los fragmentos recogidos huellas de fuego. Se trata de un tipo muy común de base plana, cuerpo globular muy desarrollado, cuello estrangulado, borde saliente y labio a veces reforzado (figura 22). Están realizadas con barros rojizos, desgrasantes gruesos minerales y vegetales, paredes espesas de textura compacta y ancha sección gris en el interior. El tratamiento exterior se reduce a un simple y desigual alisado. Se localizan en todos los niveles emirales fabricadas a mano y a torno indistintamente. Estas piezas, al menos formalmente, tienen una larga tradición que enlaza con la cerámica visigoda.

Orcitas. Pequeño cubilete de base estrecha y plana, cuerpo de tendencia ovoide separado del borde por una pequeña acanaladura, borde exvasado, engrosado al interior y labio apuntado (figura 21). Aparecen en los estratos del siglo IX. Están elaboradas a mano con barros claros y desgrasantes minerales muy finos. El origen de estos materiales hay que buscarlo en ciertos vasitos cónicos con borde engrosado del mundo romano.

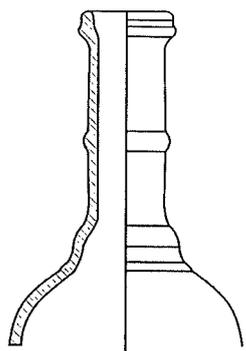
Ollas I. Como en el caso anterior, las filiaciones de estas piezas hay que buscarlas en la cerámica visigoda de los siglos V y VI. Son recipientes de reducido tamaño, base ligeramente convexa, cuerpo de tendencia ovoide desarrollado, suave estrangulamiento en el cuello, borde poco elevado y ligeramente exvasado y labio redondeado (figura 23). Fueron realizados a mano con barros de color rojo, cocción mixta con ancho filete interior de color gris. Las paredes espesas muestran un acabado irregular con un alisado poco cuidado y una decoración de impresiones ungulares en la parte superior del cuerpo. Se documenta a lo largo del siglo IX.

Ollas II. Incluimos aquí vasijas de mediana y gran capacidad caracterizadas por su amplio estrangulamiento en el cuello, borde saliente, continuo y desarrollado y labio redondeado o biselado. Las bases suelen ser planas o ligeramente convexas y el cuerpo globular (figura 23). No llevan decoración. Están realizadas con barros rojos, mal decantados, paredes anchas con desgrasantes gruesos minerales u vegetales que sobresalen en la superficie exterior. Son, con diferencia, los recipientes más numerosos en los niveles emirales donde aparecen fabricados indistintamente a mano y a torno.

Ollas III. Se trata de una olla de tendencia ovoide con una marcada carena en los hombros, cuello corto e hiperboloide, borde exvasado y continuo (figura 23). Sus características técnicas son similares a las del tipo anterior. Sus prototipos originales pueden rastrearse entre las cerámicas de cocina del mundo romano que perduran en formas visigodas.

Cazuelas I. Son de grandes dimensiones, base plana, paredes rectas divergentes, borde continuo y vuelto con una pronunciada acanaladura en el interior para facilitar el asiento de la tapadera (figura 23). Realizadas con barros rojos, desgrasantes gruesos minerales, paredes anchas con filete gris interior y la superficie exterior muestra un alisado. No llevan asas. Se documentan en el siglo IX.

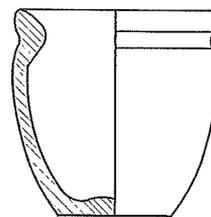
Cazuelas II. Suelen tener tamaño mediano, paredes curvas de perfil convexo no muy altas, borde entrante y engrosado al interior y labio apuntado (figura 23). Desgraciadamente el deficitario estado de conservación de los fragmentos conservados no permite precisar muchos aspectos sobre cuestiones tecnológicas. Aparecen en los siglos VIII y IX siempre fabricadas a mano. Sus precedentes hay que buscarlos en la cultura material tardorromana.



Redoma.

••

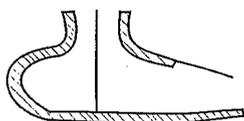
145



Orcita

••

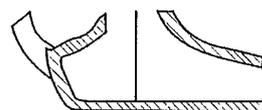
146



Candil I.

••

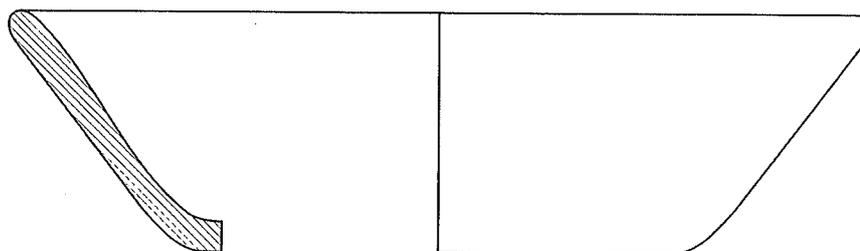
147



Candil II

••

148



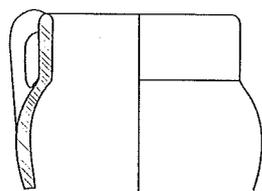
Lebrillo.

••

149

Fig. 21. Redomas, orcita, candiles y lebrillo. Morón.

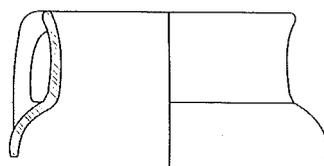
MUSEO MUNICIPAL DE RONDA
EIBLIOTECA



Jarro I.

••

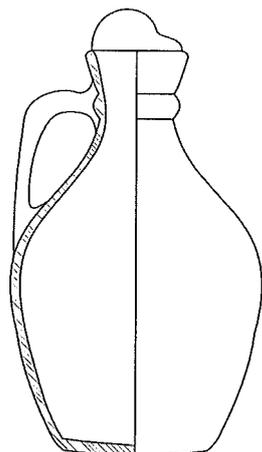
150



Jarro II.

••

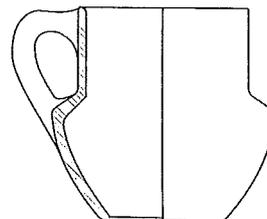
151



Jarro III.

••

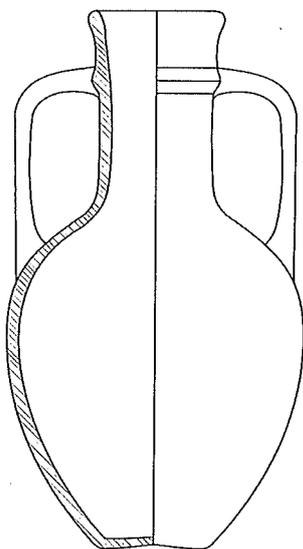
152



Jarro IV.

••

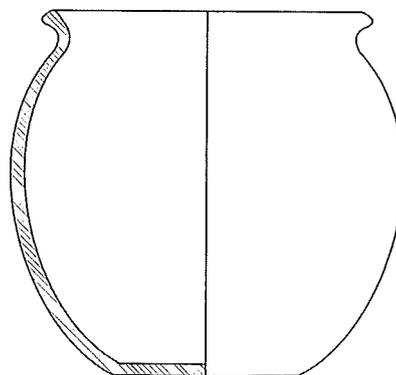
153



Jarra.

••

154



Tinaja.

••

155



Fig. 22. Jarros, jarra y tinaja. Morón.

MUSEO MUNICIPAL DE RONDA
BIBLIOTECA

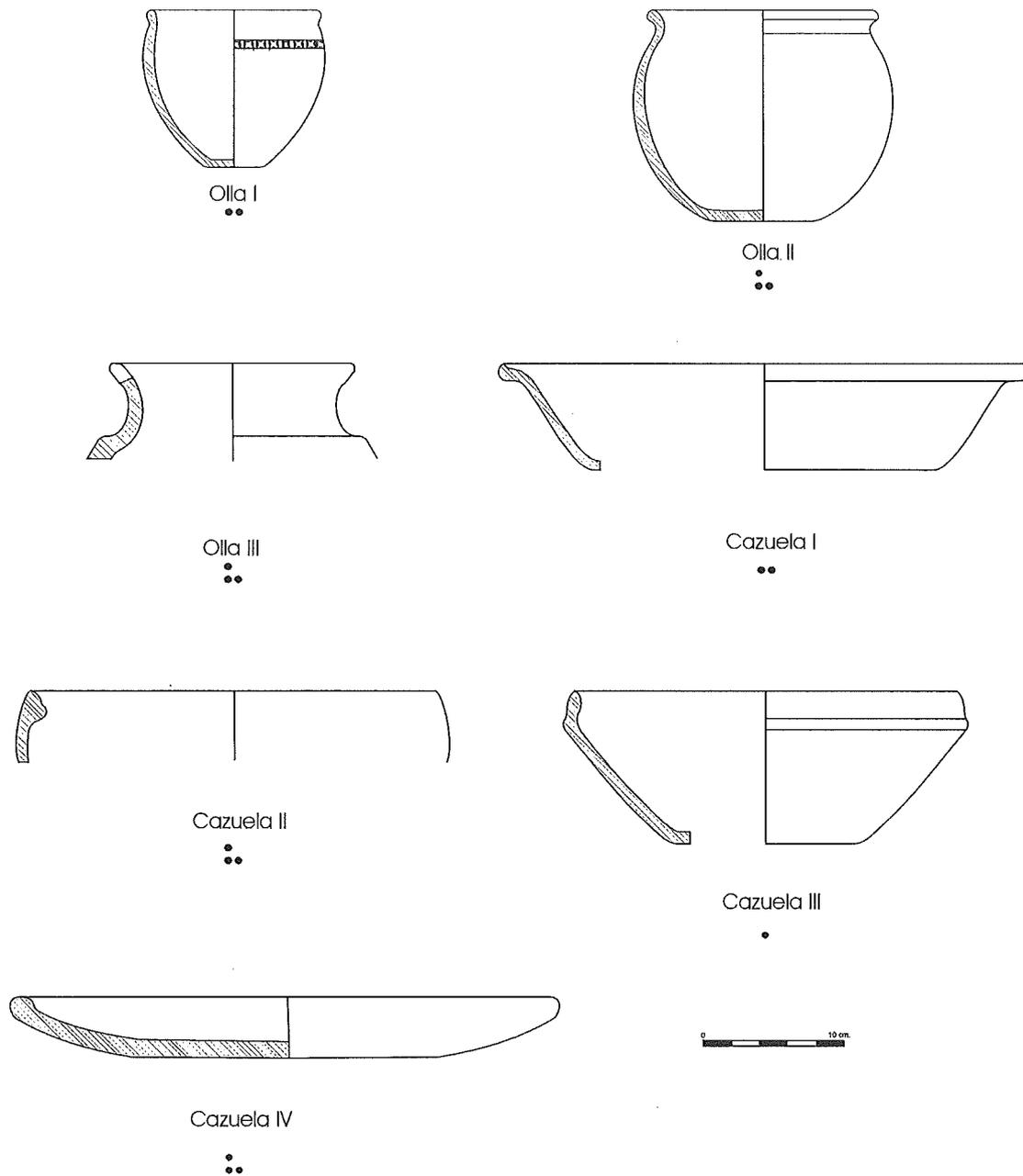


Fig. 23. Ollas y cazuelas. Morón.

Cazuelas III. Recipientes de base convexa o plana, cuerpo de perfil troncocónico invertido y alto, carena en la unión del borde con el cuello, borde elevado ligeramente entrante y labio apuntado. Algunas presentan en la parte superior del galbo una decoración lineal de impresiones ungulares (figura 23). Se trata de una vasija de clara filiación visigoda que pervive elaborada a mano en los primeros siglos de la presencia islámica en nuestro suelo.

Cazuelas IV. Se caracteriza por su base plana y bastante ancha, cuerpo divergente poco desarrollado, borde engrosado al interior y labio algo apuntado (figura 23). Se halla elaborado a mano y torno en todos los niveles de la etapa emiral. Estos grandes platos conocidos en la bibliografía como Fuentes de pan eran, por lo general, utilizados para elaborar pan o similares y su presencia está atestiguada en época romana (fuente de rojo pompeyano), visigoda y

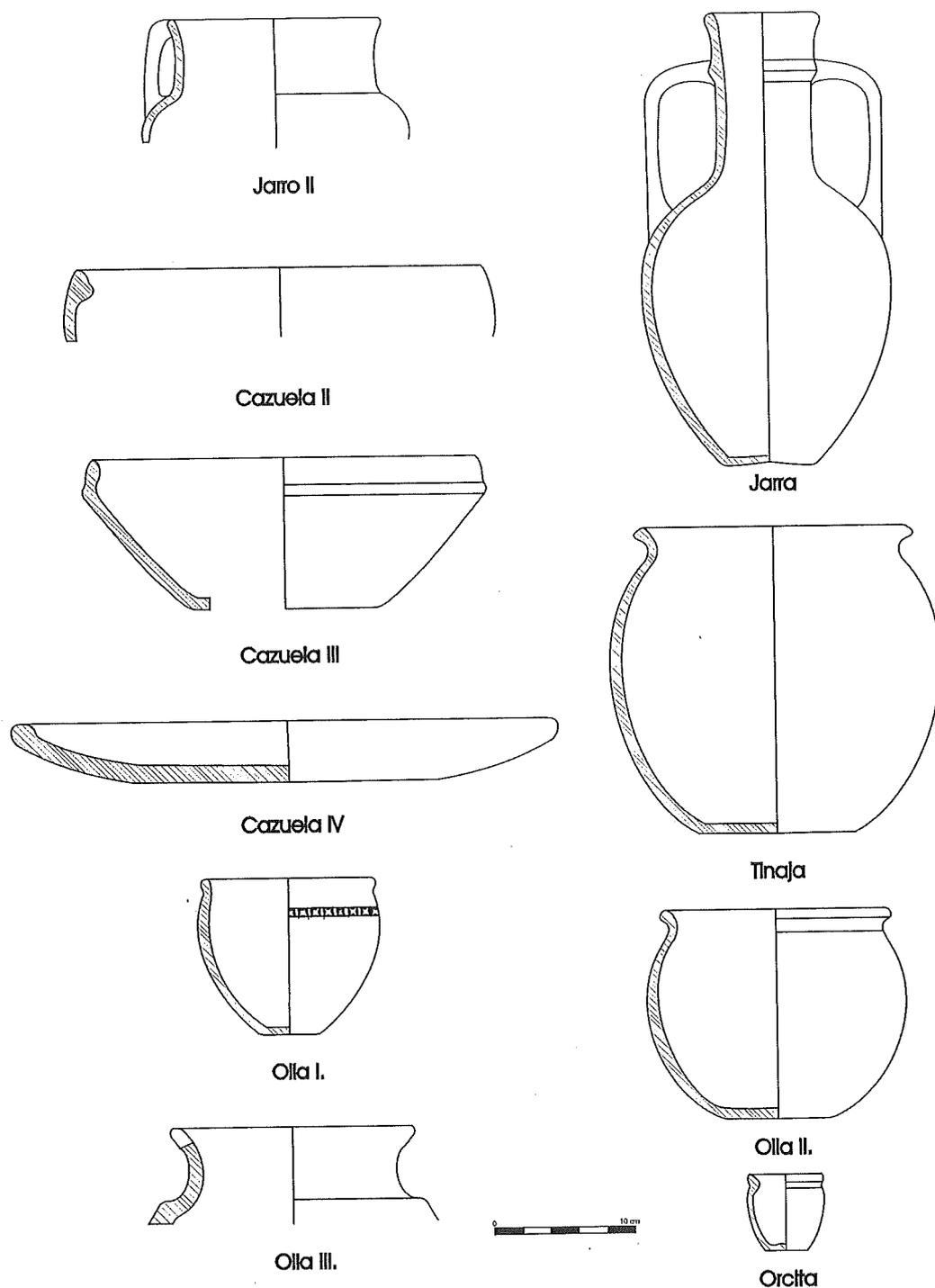


Fig. 24. Cerámica de tradición Tardorromana. Morón.

en buena parte del Magreb durante toda la Edad Media.

Lebrillos. Es la forma básica de solero plano, cuerpo troncocónico invertido y borde indiferencia-

do (figura 21). Están elaborados con barro rojizo con abundantes desgrasantes minerales medios y gruesos. Paredes muy espesas de textura compacta con ancho núcleo gris. Se localizan a lo largo de toda la estratigrafía.

Candiles I. Son de cazoleta marcadamente ovoide, de sección redondeada muy plana, cuello cilíndrico, piqueta ancha y más corta que el diámetro de la cazoleta (figura 21). Se recuperaron dos fragmentos en los niveles finales del siglo IX uno en bizcocho y el otro recubierto de una fina y cuidada capa de vidrio verde.

Candiles II. Tiene la cazoleta de perfil troncocónico cuya unión se produce a través de una pronunciada carena en la que se señala una pestaña acanalada (figura 21). La cazoleta fue fabricada a molde en dos partes separadas. Emplea barro beige bien decantado, con desgrasantes finos, paredes estrechas y alisado exterior cuidado. Se halla en los estratos finales del siglo IX.

Las secuencias estratigráficas donde aparecen estos materiales posibilitan distinguir dentro de la etapa emiral dos fases ocupacionales cuyas principales peculiaridades serán analizadas por separado. Ambas fases quedan, desde el punto de vista estratigráfico, perfectamente aisladas por la existencia de paquetes deposicionales y expedientes constructivos que los separan y diferencian. La primera etapa la podemos fechar en el siglo VIII mientras que la segunda ocupa gran parte de la centuria siguiente.

Antes de avanzar en el análisis individualizado de cada uno de los niveles parece oportuno establecer, a modo de introducción, una evaluación general sobre el comportamiento de los materiales cerámicos durante estos siglos.

El aspecto que mejor define las producciones de esta etapa es la reducción formal, ornamental y funcional que muestran los materiales. Se limitan en estos momentos a unos cuantos tipos sin apenas decoración y casi siempre relacionados con cuestiones domésticas principalmente de cocina o de contención y almacenamiento. Este hecho evidentemente no se manifiesta del mismo modo a lo largo de este periodo y así, por ejemplo, dentro siempre de la escasez que define al registro apreciamos conforme avanzamos en la secuencia una progresiva diversificación de tipos y ornamentación que anuncian algunos detalles de las futuras producciones califales.

Otra cuestión relevante es la existencia de un conjunto bien definido de recipientes elaborados a mano. La evolución de estas piezas en la secuencia presenta una aparente contradicción. Así apreciamos cómo en los niveles más antiguos, cuando su presencia dentro de la secuencia es más numerosa, su repertorio morfológico se limita a un par de formas mientras que en los últimos estratos emirales, cuando su proporción es bastante más reducida, la gama

formal experimenta, en la línea con el resto de los materiales, un incremento notable con la aparición de nuevos tipos que remiten a nuevas funciones.

Dos tradiciones culturales diferentes se aprecian en el conjunto de los materiales. Por una parte, las que manifiestan una clara vinculación con las anteriores producciones tardorromanas y en las que habría que incluir todas las series a mano y algunas a torno (figura 24). Por otra, las que formarían una relación muy concreta de piezas de cierta calidad elaboradas a torno y cuyas formas eran inéditas en el yacimiento. Nos referimos, a unos fragmentos de candiles, jarritos, redomas y algunos vidriados sin formas precisas que se comienzan a detectar de manera progresiva al final de esta etapa. Estas vasijas son, además, un exponente adecuado para valorar la penetración de la influencia islámica en la zona.

Una última cuestión cabe reseñar. La ausencia total de cerámicas elaboradas a torneta o torno lento que caracteriza a los repertorios de otras zonas de Andalucía en estas mismas fechas. Tampoco se encuentran las formas que singularizan aquellos registros como, por ejemplo, las marmitas de solero convexo o plano con paredes curvas convergentes, las de paredes rectas entrantes con inflexión en la parte inferior, los grandes alcadafes, los jarritos carenados, etc.

Hasta aquí la lectura de síntesis. A continuación abordaremos el estudio por fases siguiendo una cadena de rasgos individuales. El periodo más antiguo abarca, como hemos referido, el siglo VIII concretamente su segunda mitad. Por lo general, son paquetes muy localizados que se concentran en la plataforma superior del cerro, de deposición lenta con una proporción escasa de materiales y sin apenas restos constructivos lo que sugiere una ocupación limitada de yacimiento. Las cerámicas fabricadas a mano suponen casi un tercio del total. Funcionalmente son útiles de uso culinario (la mayor parte de las piezas de cocina son elaboradas con esta técnica) y, en menor medida, de contención y transporte. Se trata, en definitiva, de formas muy tradicionales cuyas siluetas se pueden rastrear desde la antigüedad tardía en toda la región.

Como corresponde a cerámicas aptas para una exposición prolongada al fuego están elaboradas con barro rojo, cocción y postcocción reductora con una apertura parcial e intencionada del horno durante el proceso de enfriamiento como señala el filete gris interior de todas las piezas, anchas paredes con abundantes y gruesos desgrasantes minerales, el tratamiento exterior se reduce a un simple alisado poco cuidado, la base presenta la superficie rugosa de la capa de arena o tierra sobre la que se modeló y la decoración es muy pobre y de fuerte raigambre tradicio-

nal como los motivos de bandas incisas, cordones impresos y ungulados, etc.

El sistema de producción manual se limita en estos estratos a un grupo muy reducido de objetos de carácter utilitario y es precisamente esta «especialización» en esos pocos tipos lo que hace posible, en parte, su pervivencia en contexto dominado por los recipientes de torno rápido.

Las cerámicas fabricadas a torno agrupan algo más de los dos tercios del material. Son piezas cuidadas, de pastas claras, paredes finas o medias bien alisadas y, en ocasiones, decoradas con trazos pintados. Morfológicamente están representados casi todos los grupos funcionales aunque con un repertorio muy elemental de formas siendo los más destacados numéricamente los servicios destinados a la conservación, transporte y almacenamiento de productos que abarcan algo más de la mitad del registro y dentro de ellos las jarras ovoides de cuello cilíndrico, estrecho y moldurado, los jarros de boca lobulada y algunas tinajas.

Otro rasgo significativo de estos momentos, y común a muchos yacimientos de la época, es la ausencia de servicios de mesa, de piezas vidriadas y el uso plurifuncional de algunos recipientes como las jarras medianas con huellas de fuego, señal evidente de que a veces fueron empleados para calentar o preparar alimentos.

El siguiente periodo comprende la mayor parte del siglo IX. Queda definido por grandes estratos en cuyo interior se recuperaron abundantes materiales de naturaleza muy distinta que señalan una ocupación más consolidada. Cabe destacar la presencia, por primera vez, de vestigios edilicios y dentro de estos la erección en los niveles finales del emirato de una muralla.

En este periodo apreciamos una disminución considerable de las producciones a mano que en los estratos finales ni siquiera alcanzan el 10% del total de

los materiales. Las características técnicas y ornamentales no varían sustancialmente respecto a la etapa precedente; en cambio, el repertorio morfológico, a pesar de la reducción que experimentan estos materiales, se diversifica algo más.

Quizás el aspecto más destacado sea la aparición en los últimos paquetes de dos piezas pertenecientes a un jarrito y un candil de paredes muy finas, elaborados con barro de color pajizo-verdoso, desgrasantes no perceptibles, textura compacta y cuya principal peculiaridad consiste en mostrar la superficie exterior cubierta con una capa de vidrio verde, uniforme, espeso, brillante y de calidad. Sus singularidades técnicas y formales así como la presencia de la capa vítrea distinguen estos objetos del resto realzando el hecho de que se trata de producciones foráneas a nuestro yacimiento. La presencia de estos restos coincide con la edificación de la cerca todo lo cual nos habla del grado de islamización que alcanzaba el poblado.

También observamos una mayor diversidad tipológica con la incorporación de nuevas formas (lebrillos, candiles, etc.) y una mayor riqueza formal dentro de cada uno de los grupos individualizados.

Permanece el empleo plurifuncional de la jarra junto a nuevos recipientes como tinajas o jarritos de reducida capacidad que fueron en repetidas ocasiones utilizados para la cocción de alimentos.

En cuanto a la distribución funcional las vasijas de contención, transporte y almacenamiento dominan, con diferencia, el repertorio material pues dos tercios de los recipientes recuperados se incluyen en este grupo. La vajilla de cocina, especialmente las ollas, completa la casi totalidad del registro. Señalar, por último, la presencia aún modesta de vasijas de mesa entre las que hay que incluir a las jarritas, jarritos y redomas. No obstante, el servicio de mesa musulmán por excelencia como es el atafor sigue aún ausente en el registro.